

Massimo Scaligero

TRATADO del PENSAMIENTO VIVIENTE

Un camino más allá de las filosofías occidentales, más allá del yoga, más allá del Zen

Ediciones Tilopa
Via della Pinacoteca, 14 - Teramo Oficina de Roma: Via Annibal Caro

Traducción del original italiano: Vlad Apetrei y Juan Comas

Nota: Los resaltes de texto en negrita, realizados por el traductor

El presente tratado, aunque formulado de manera lógica y accesible, propone una tarea que quizá solo unos pocos puedan llevar a cabo. Su concatenación de pensamientos está concebida de tal manera que recorrerla comienza a ser la experiencia propuesta: experiencia que, en cuanto se realiza, resulta no ser una entre las varias posibles para el hombre, sino la de la esencia interior que el espíritu le exige en este momento.

El tratado no es filosóficamente refutable, ya que se basa en esa experiencia: que debe realizarse, si se quiere disponer de los medios para llevarla a cabo. Pero para poder realizarla, hay que empezar a vivir pensando que no hay nada que cuestionar, porque así se penetra en el mundo. Es el pensamiento lo que es la verdad de todas las teorías y de ninguna, ya que es su sustancia pre-dialéctica.

Quien perciba la distinción entre seguir lógicamente un discurso y moverse en el pensamiento que teje su estructura lógica, puede verificar la experiencia propuesta: viviendo los pensamientos de estas páginas, puede experimentar el poder de la «concentración», o la presencia tangible del espíritu: el camino hacia el pensamiento vivo, la trascendencia como algo presente, pero desconocido, en todo pensamiento que piensa.

1.

El yo que el hombre dice ser no puede ser el Yo, salvo en el pensamiento vivo: aún desconocido por él. Solo conoce lo pensado, o el pensamiento reflejado, pero no sabe cómo lo conoce. Primero debe pensar para conocer su propio pensamiento: no conoce el pensar.

El hombre conoce y actúa según lo pensado, que, agotado en su determinación, no tiene vida. Nunca ocurre que, en él, el pensamiento actúe directamente como vida, ya que cada movimiento vital es un proceso en sí mismo, que se deriva de la vida desconocida del organismo corporal: proceso que solo recurre directamente al pensamiento en los movimientos voluntarios: a un pensamiento, en cualquier caso, reflejado.

Hoy en día, el hombre llega como mucho a concebir el «pensamiento pensante» como «acto» o momento dinámico del pensamiento: última intuición positiva de la filosofía occidental.

Él intuye filosóficamente el «pensamiento pensante», sin embargo, sin posibilidad de percibirlo directamente, como lo hace con el pensamiento pensado, que puede conocer cada vez, repensándolo: haciéndolo resurgir como pensamiento pensante.

En efecto, el pensamiento pensante se le da en la medida en que él no lo tiene, realizándose solo en cuanto dirigido a un objeto, es decir, pensando algo, no pensando como tal: como puro pensamiento. Es pensante en cuanto puede serlo para un tema, sin el cual no sabría ser pensamiento, desarrollándose en los diversos sistemas lógicos como una teoría de su desarrollo solo para un tema, en vista de los fundamentos y métodos de la ciencia. Pensante, por tanto, *secundum quid*: no según sí mismo.

Conociendo solo lo pensado, el hombre verdaderamente no puede decir que conoce: en realidad no tiene el conocer, sino lo conocido, desprovisto del momento interior por virtud del cual es conocimiento. El pensamiento debe primero ser pensado, caer en la reflexividad, para ser conocido por él. Pero, una vez conocido, deja de ser conocimiento.

Así, la muerte del pensamiento es la condición para su dialéctica en formas diferentes, solo en apariencia contrastantes. Por lo tanto, si al hombre se le comunicara hoy el secreto del ser, le sería inútil, porque no sabría pensarlo: solo podría pensarlo a condición de reducirlo a esa reflexividad, o abstracción, en cuyo nivel no es posible que se dé algo del ser.

El hombre, sin embargo, puede encontrar la fuerza del pensamiento que piensa, cuando llega a percibir el ser del mundo fluyendo en él como vida: vida de la idea, que es vida de la realidad percibida, naciendo en él como desde el centro del mundo. Cúspide de la ascética del pensamiento, capaz de ir más allá de las posiciones idealistas, más allá de la dialéctica del «pensamiento pensante», más allá del realismo físico y metafísico.

2.

Hay un pensamiento que aún no se ha pensado: un pensamiento que no puede darse como pensamiento, mientras sea pensante en el proceso de la reflexividad y limite su actualidad al momento dialéctico, que ya es determinación. Es el pensamiento que solo puede surgir en la contemplación del acto pensante: el pensamiento que piensa a sí mismo, real por tanto en cuanto expresa su propio ser. Pensamiento que no necesita del momento reflexivo para manifestar su propia vida: experimentable, por lo tanto, sin mediación dialéctica. Tal pensamiento aún no es conocido por el hombre, porque no puede surgir en él sino como poder originario del pensamiento: como poder de vida. Poder de vida que no es imagen filosófica, sino percepción del ser radical del mundo, naciente como ***pensamiento- fuerza no vinculada a ningún objeto***, que tiene en sí todo lo pensable, desde la esencia: siendo ella la esencia.



3.

El verdadero pensamiento no puede ser el pensamiento pensado, o pensamiento reflexivo, y, como reflejo, fijado en palabras; pero tampoco el pensamiento reflejándose, o pensando, condicionado en cualquier caso por la forma en que se expresa. El verdadero pensamiento es lógicamente **el Ser del pensamiento**, no vinculado a ningún pensamiento determinado. Ser cognoscible como pensamiento que, haciendo de sí mismo su propio contenido, expresa aquello de lo que brota: **una corriente superior de vida**, presente en el surgimiento de todo pensamiento, pero diferente de lo que ordinariamente se conoce como pensamiento.

Como experiencia, es la que, por encima de todas, tiene derecho a llamarse positiva, ya que es la más directa que el hombre puede realizar y de la que el yo puede dar cuenta a sí mismo como de **lo que es verdaderamente objetivo**.

Pero no es especular, no es filosofar. Es el valor del conocer: que es conocer la Verdad: la verdad que libera. **No se trata de argumentar, sino de crear**; no se trata de reflexionar, sino de dominar. Se trata de percibir en entidades de pensamiento lo suprasensible, tal y como normalmente se percibe lo sensible en formas y colores.

Cuando realmente se piensa, se pone en práctica el pensamiento pensante, pero en la medida en que el objeto **ya es un pensamiento que llega a la conciencia** como una percepción ya envuelta en pensamiento —**la representación, que tiende a convertirse en concepto**— o, como nuestro pensamiento o el de otros: pensamiento, en cualquier caso, de algo.

Nunca pensamos algo que no sea un tema o un objeto: y un tema, un objeto, es siempre un pensado. En cuanto pensado y tenido como ya pensado, es abstracto; no existe, es signo, posibilidad de pensamiento o de recuerdo, saber; y, como tal, es decir, no rellenado de pensamiento, sino aludido con palabras y usado como noción, es retórica, sustancia de la cultura muerta. Cultura de hombres que ya no piensan, sino en palabras o en correlaciones cuantitativas, cada vez evocables mnemónicamente en su mecanicidad.

Pero un pensado puede volver a convertirse en pensamiento, y es el pensamiento pensante: que es la resurrección de un pensado, es decir, de un reflejo del pensamiento: **de un reflejo sin vida**. Mientras que la vida está a punto de aflorar en el pensamiento pensante: imperceptible, **porque se extingue puntualmente al convertirse en pensamiento**.

Es la vida misma, pero desconocida, no poseída: vida del pensamiento, o **el ser «del pensamiento»**, que se refleja como pensamiento pensante, sin darse objetivamente: negándose en el pensamiento, porque, de todos modos, piensa por un pensado, por la reflexividad, por la abstracción. Sin lo cual, sin embargo, no tendría estímulo para ser ese pensamiento que es: necesario para la conciencia, que tiende a permanecer consciente del límite del que surge.

El pensamiento pensante está a punto de salir, pero no sale de la reflexividad, a pesar de ser su momento dinámico. Pero percibir este momento es remontarse al proceso por el que se produce: ***elevarse de la reflexividad al ser puro***, que en ella se da como pensamiento. Sin caer en la reflexividad, el pensamiento es luz o vida: aún imperceptible para ***el Yo que se apaga en el reflejo, que considera el ser: en el que, como Yo, no puede ser. Pero este resurgir del pensamiento como luz, o vida, o luz de vida***, exige ser querido, determinado, provocado ascéticamente.



4.

La posibilidad de reavivar el momento en el que nace un pensamiento y devolver a los productos del intelecto, ajenos o propios, el momento productivo, como pensamiento pensante, en un momento determinado, ***se revela como una función de una posibilidad adicional***, en vista de la cual solo esa se clava: que de la misma manera se contemple el pensamiento normalmente desconocido como pensante. Este es el camino del pensamiento vivo.

Puede surgir, como pensamiento, la fuerza que precede a su producción: pensamiento pensante, pero fuera de la reflexividad, es decir, no filosófico, ya que su objetivo es el proceso de reflejarse, y sin embargo trayendo la vida que antes se aniquilaba en el acto pensante y por lo que este nunca ha podido evitar ser la caída del pensamiento en la fisicidad, es decir, en el dialectismo y en la retórica. ***En verdad, no se puede conocer el pensamiento pensante sin la ascética del pensamiento: sin la percepción de su vida.***

Es verdaderamente la vida hacia cuya luz se dirige la historia del hombre, en cuanto luz que, en otro tiempo, trascendente para él, iluminó su camino y, poco a poco, al inclinarse, se retiró para resurgir desde lo más profundo de su alma: como un pensamiento que, al reflejarse en la multiplicidad, se particulariza, pero *eo ipso* tiende a devolver a lo dividido la integridad propia de su ser no reflejo.

El Ser no reflejo del pensamiento es la luz primordial de la vida terrenal: al aflorar en el hombre con alma consciente, exige su propia ascesis.



5.

En el pensamiento pensante se puede reconocer el momento en que el pensamiento se refleja, no el pensamiento en su ser original, antes de que destelle reflejado: no el pensamiento independiente de los contenidos objetivos, que sin embargo se dan como tales por medio del pensamiento: en realidad, para expresarlo: para suscitar esa relación con lo múltiple, o con lo particular, en la que se determina la conciencia individual.

Llamamos vivo al pensamiento que está a punto de extinguir su propia vida al convertirse en pensamiento pensante, o pensante según un tema, siendo real, en cambio, fuera de cualquier tema. La observación del proceso del pensamiento lleva a intuirlo; **pero intuirlo aún no es experimentarlo**. El pensamiento pensante se vuelve vivo si realiza la continuidad de su independencia de cualquier tema.

El pensamiento vivo es la unidad ya realizada: hay que llevarla a cabo y hacerla aún más creativa, si se tiene en cuenta que ningún tema tendría sentido o correlación con otros temas sin el pensamiento: cuya virtud está en la correlación, no en lo correlacionado, ni en la serie de conceptos. La objetividad de estos, aunque sea de forma reflexiva, está establecida por el pensamiento: que no podría ser pensamiento pensante y desanimarse en la abstracción, **si él mismo no fuera en sí mismo pura objetividad, síntesis independiente de toda determinación**: por lo que, para él, cada objeto puede recuperar su unidad básica con el todo. Pero resurge vivo, porque el Logos en el hombre lo decide.

Pensamiento vivo, o sustancia de las ideas puras, a cuya luz el hombre, sin saberlo, tiende con el pensar y el existir, porque **es en sí mismo el *dynamis* del pensar y del existir, la vida**: que por ahora solo puede imaginar o pensar abstractamente: vida que en realidad no vive, percibiendo de ella solo las manifestaciones sensoriales con las que se engaña a sí mismo creyendo vivirla, ésta debe morir. Su muerte, de hecho, a pesar de su aparente existencia, comienza con la muerte del pensamiento en la reflexión y la abstracción: ***que le dan la imagen de la vida, no la vida***.

En la reflexión pensante se extingue cada vez la vida que, como sustancia originaria del pensamiento, es forma de lo inmortal y lo infinito: así, como ser abstractamente pensante, el hombre ***separa de la corriente de la vida al Logos***, su propio ser vivo.

Fluida y moribunda en el pensamiento, la vida no es percibida por el hombre, sino simplemente pensada, ya que él no percibe lo vivo, como percibe, por ejemplo, las formas y los colores.

Cuando llega a percibir el ser vivo de las cosas y los seres, encuentra en lo sensible lo suprasensible, el Logos que sostiene el mundo. Es el poder vivo del pensamiento, que el hombre es libre de ignorar, ***pero también de acoger como el impetuoso don de una resurrección***.

6.

El pensamiento pensante, que puede hacer resurgir el pensamiento reflexivo de la abstracción, reactivando el momento dinámico de la reflexividad, no es aún, por lo tanto, la vida interior que lo hace pensante, ya que esta se apaga cada vez que se actúa como tal. Esta vida está presente en el pensamiento pensante, pero cada vez para desvanecerse.

Es una vida que el hombre puede acoger no como vida, sino solo en la medida en que se desanima, siendo por ahora el «desanimado» el nivel de la autoconsciencia y su correlación con el mundo. Por lo tanto, incluso dándose el pensamiento pensante, este es el pensamiento que puede darse en la medida en que renuncia a la esencia, porque solo en tal condición puede convertirse en experiencia individual, es decir, experiencia independiente de lo suprasensible, pero igualmente de dogmatismos inconscientes o tendencias ilusoriamente metafísicas, que sobreviven en el alma ligada a la corporeidad.

La auténtica metafísica puede volver a darse en el pensamiento que se realiza como **«pensamiento puro»**, es decir, en el pensamiento que, siendo independiente, sabe qué hacer con esta independencia: virtual, no real. Real solo si realiza, en el plano en el que se encuentra, su naturaleza: la propia perennidad metafísica.

Lo que antes era metafísica se convierte ahora, negándose a sí misma, en sustancia de la individualidad: es la desanimación del pensamiento que, como pensamiento reflexivo, proyecta el mundo en la objetividad abstracta.

Pero la desanimación presupone el momento de la animación, o de la vida, y la propia lógica del pensamiento que piensa, experimentada plenamente, **conduce a intuir el momento intemporal e incorpóreo del pensamiento, o pensamiento vivo: intuición que, sin embargo, es solo un destello del pensamiento vivo.** Aún no es su Ser. Su Ser real es el Logos del que desciende, al que secretamente se dirige, y que siempre está dispuesto a darse a él como presencia de su fuerza, identidad y perennidad.



7.

El pensamiento pensante puede objetivarse, al igual que actualmente se objetiva habitualmente el pensamiento abstracto. Esta operación consiste en la concentración del pensamiento mediante un tema. Es necesario, siguiendo el hilo del proceso del pensamiento, percibir la necesidad lógica de la ascética pensante.

Normalmente, el pensamiento es pensante en la medida en que puede tener ante sí el pensamiento pensado, o el tema, o la cosa en su abstracción: un tener ante sí, que ya es pensamiento que piensa. Y esta es la función de todo pensamiento: que pueda ser pensado una y otra vez, siendo solo un signo o motivo para la manifestación del pensamiento. Por lo que el objeto del pensamiento siempre ha sido la abstracción que hay que reanimar: lo pensado por el hombre, o lo pensado por el universo, que es la naturaleza.

Pero la reanimación, cada vez esbozada, nunca se lleva a cabo, porque normalmente la abstracción es pensada por el pensamiento pensante, no resuelta: se remite al momento de su conversión en abstracción, no a su no ser abstracción, donde surge el verdadero pensamiento. No se recorre completamente el proceso por el que se da la abstracción: que es el sentido último de la abstracción. Por lo tanto, tampoco se penetra en el pensamiento del universo.

Ni con el pensamiento abstracto ni con el pensamiento pensante se sale del círculo de la reflexividad; por lo que el Yo, en tal grado, obligado a coincidir con la reflexividad, no es el Yo despierto, sino aquel que, por su limitada conciencia de sí mismo, necesita el apoyo del pensamiento: que no puede sino reflejarle como real su condición de la reflexividad. El momento del pensamiento pensante, de hecho, es inconsciente, siendo consciente solo el momento reflejado.

El Yo se identifica con el pensamiento, en cuanto es pensamiento reflejado: sufre tal identificación porque no es el pensamiento pensado por él. De hecho, aunque el pensamiento pensante es dinámico con respecto a la abstracción estática, transmite la fuerza del Yo, pero no de manera que este pueda des identificarse del pensamiento. **El Yo no es el yo pensante, sino el yo reflejado en el pensamiento pensante: por lo tanto, en lo pensado, condicionado por la corporeidad. El ego.**

La objetivación del pensamiento pensante, o del pensamiento como síntesis dinámica, conlleva el surgimiento del Yo fuera de las condiciones de la reflexividad. Pero ya es la acción del yo. Para ser, ahora no necesita reflejarse en la abstracción que lo reduce a lo sensible: comienza a vivir porque tiene como soporte el movimiento sintético del pensamiento, en el que se disuelve la abstracción.

En la meditación, o en la concentración, sin involucrarse en lo sensible, **el Yo ve el pensamiento fuera de sí mismo, pero, del mismo modo, no se ve involucrado por lo sensible, ya que puede ver el pensamiento de forma objetiva: comienza a ser**

independiente de las condiciones de la naturaleza, que normalmente, a través del pensamiento, puede atraerlo hacia sí misma.

El Yo puede desear existir, según su libertad: puede crear más allá de lo ya creado, ya que comienza a conocer terrenalmente una vida que antes le era ajena: una vida más allá de ese pasado que obliga al hombre en forma de naturaleza, tradición, cultura, y es un error si se convierte en condición de la existencia, fuera del principio del Yo del que esencialmente se origina.

El Yo puede ver el pensamiento libre en su objetividad: el pensamiento que piensa el mundo, por lo que puede penetrar en el secreto del mundo. **Normalmente, la adhesión del hombre al mundo de los sentidos no es penetrarlo, sino ser atrapado por las corrientes de la naturaleza.**

Ante el Yo libre, el mundo de los sentidos surge como un mundo suprasensible, porque penetrado en su fundamento: lo que erróneamente se busca más allá del conocimiento, fuera del Yo.

Es necesario ser el Yo que se dice ser, para no tener enfrente **un mundo objeto, una naturaleza opuesta**, una realidad recalcitrante y dolorosa. **El Yo no conoce opuestos, si se realiza a sí mismo en el pensamiento liberado, en el que vive la esencia de toda entidad:** esencia que en su propia esencia es idéntica en todo. En verdad, la unidad central del mundo tiende a manifestarse en el hombre, como un poder de pensamiento naciente: a través de su continua necesidad de determinar.



8.

Los objetos que normalmente el hombre cree pensar y que despiertan su deseo, la visión del mundo, la cultura, en realidad aún no han sido verdaderamente pensados por él: son solo reflejos del pensamiento en su apariencia. ¿Que es la apariencia para el pensamiento reflejado: mientras que en realidad es la exigencia del ser del pensamiento vivo? Por lo tanto, es la reflexión, y no la realidad, lo que motiva el deseo y la cultura.

Solo el pensamiento vivo, no vinculado a ningún objeto, puede pensar los objetos y, por lo tanto, pensará el objeto, no en cuanto ya está determinado por él, sino en cuanto, independiente de él, lo pensará recorriendo cada vez el proceso por el cual es ese objeto, ese hecho, esa abstracción: devolviéndole la esencia, o la vida cuya privación es el signo de su aparición.

El verdadero pensar es la esencia que integra la aparición y, por lo tanto, es el contenido interior de cada hecho lo que lo completa, alejándolo de la contingencia y de la grosería exterior. Es el pensamiento que, independientemente de la necesidad racional, en cuanto que tiene en sí toda la racionalidad, no dialéctica, sino que toca las cosas. No cae en la argumentación, sino que **inmediatamente tiene el Ser**, penetrando en la realidad de aquello a lo que se dirige: no necesita perderse en pensamientos, porque su percepción es directa. **Se acerca al mundo y lo palpa: lo tiene.** Este pensamiento, sin embargo, **debe conquistarse mediante la ascética que exige su puro movimiento.** El Logos debe poder responder directamente a esta ascética, para que se convierta en creadora, de lo espiritual a lo sensible.

Experimentar el ser del pensamiento idéntico a lo que, como vestimenta del mundo, escenifica su alteridad —necesaria para el hombre exterior, no para el pensamiento— es igualmente el secreto de la transparencia y la rectificación de los estados de ánimo: que llegan a involucrar al yo —el aspecto del mismo que es inherente a la corporeidad— mediante la sustancia-pensamiento con la que se dan forma y significado, y en virtud de la cual solo pueden ascender a contenidos condicionantes.

Cuando los estados de ánimo se ven privados de esa forma —y este es el arte del hombre—, su movimiento se recupera en profundidad gracias al equilibrio de la naturaleza corporal, de cuya alteración son manifestación, **mientras que el sentido de su ser, lo que eran en cuanto pensamiento, se convierte en autoconocimiento: vuelve la posibilidad del pensamiento-esencia de penetrar esa profundidad.**

El hombre debe hacerse a sí mismo. No es un receptor pasivo de la experiencia terrenal, sino un **colaborador de su realización**: lo que exige su transformación de criatura dependiente de la naturaleza a ser libre: cuyos estados de ánimo no sean el juego de la naturaleza en él, sino la presencia agitada del espíritu. Para que pueda realizar en la naturaleza su propio estado: **la sobre-naturaleza.**

El hombre debe pasar de ser una criatura **a ser un ser que crea según su propio principio, el Logos**, y todas las criaturas vinculadas a la condición terrenal esperan de él su liberación.



9.

La experiencia a la que nos referimos deja de ser filosofía, ya que es aquello a lo que ha tendido todo el filosofar como a su culminación, y a lo que sigue tendiendo la acción humana en su creencia de querer determinados objetos o ideales, entre sí contradictorios.

El «camino» al que aludimos no es idealismo, ni fenomenología, ni existencialismo, ni yoga, ni zen, sino algo rigurosamente más allá, que tiende a liberar de las diversas determinaciones el puro movimiento de la conciencia, que en esas doctrinas y métodos se identifica inevitablemente hoy con el objetivo propuesto, toda exigencia de incondicionalidad recayendo inconscientemente para ellos en el modo de la reflexividad: constitutiva de la psique del hombre moderno, único intérprete de aquellos: **por lo que aquellos en realidad carecen del pensamiento trascendente del que nacieron.**

Es el camino del hombre hasta el punto en que **se encuentra, en el límite de la contradicción de su ser con su pensamiento:** ciertamente no con el pensamiento con el que construye su cultura, sino con el proceso autónomo por el que se produce dicho pensamiento: según una ascendencia continuamente inmanente, ignorada.

La percepción de ese proceso, nunca conseguida por ninguna especulación (espejo), **es el secreto de la identidad entre el Ser y el pensamiento, porque se abre al ser en el pensamiento.** Se convierte en el acuerdo entre el pensamiento vivo y el existir, que es el existir porque usa la vida para que este sea vivo. **El verdadero ser es el pensar, si el pensamiento vive:** donde la vida realmente es vista: según el Logos inmediato, más que según la mediación tradicional. Por lo tanto, el camino que indicamos va más allá de cualquier sistema del pasado: exige al Logos perenne, presente.

Normalmente, el hombre se limita a usar la vida, sin estar en esa vida. **Vivir en la conciencia reflejada, o en las sensaciones nunca comprendidas, no es estar en la vida, sino suponerla continuamente** y, sin embargo, buscarla inconscientemente más allá de la reflexividad, sin saber de la reflexividad y de lo que puede superarla. Por lo tanto, no se ve en el presente la posibilidad de resolver la reflexividad y, continuamente, en el instante siguiente, se proyecta la búsqueda de la vida: nunca tenida, porque cada vez se escapa. Por no conocerla.

El pensamiento que finalmente se experimenta es siempre el pensamiento desanimado, porque el momento del pensamiento pensante solo puede verificarse en la medida en que no se ve. De hecho, **solo puede verse y objetivarse como pensado.**

El momento del pensamiento pensante **solo es posible en la medida en que un tema u objeto lo compromete: se ve el objeto del pensamiento, no el pensamiento por el que se piensa el objeto.** Y es justo, porque contemplar este pensamiento, de manera análoga, significa verlo mediante un acto ulterior que no puede ser visto, ya que es un

movimiento superior al del pensamiento pensante, que piensa por abstracción. Es alcanzar la trascendencia del pensamiento, o pensamiento vivo. Pero es un ascenso hacia el «sujeto puro», o «vidente no visto», que deja de tener el ser como objeto, siendo él mismo la esencia del ser: que para ser no necesita oponerse a ningún objeto. **La esencia del «sujeto puro» es el Logos del mundo.**



10.

En el pensamiento pensante, cada vez que el movimiento instantáneo de la corriente incorpórea de la vida se enciende y se apaga, se detiene para ser la abstracción que la conciencia individual limitada necesita para ser lo que es. Es la condición en la que el yo semidormido debe intercambiar por su propia acción lo que le viene impuesto por la naturaleza, siendo esta el soporte de la conciencia despierta. Sueña que actúa sin darse cuenta de que da su consentimiento consciente a lo que actúa por él. Movimiento semiapagado del Yo que, sin embargo, tiende a su puro reavivamiento: compromete la conciencia hasta que, **a través de la contradicción inherente a su Ser como forma del no Ser, decide convertirse en forma de su propio Ser**. En el pensamiento pensante es el encendido continuamente apagado, continuamente resucitable.

El pensamiento abstracto, que es el ordinario, no es el pensamiento en el que el Yo puede pensar, sino lo que condiciona al yo según la reflexividad mediada por la naturaleza corporal. **No es el yo el que piensa el pensamiento, sino el alma ligada a la corporeidad:** la cual se quiere a sí misma a través del alma, por el hecho de que puede convertirse en pensamiento: invirtiendo el sentido radical de la vida del hombre. **Es la inevitable pasividad del pensamiento que normalmente se piensa como separado de la corriente incorpórea de la vida de la que nace, contradiciendo así su propia naturaleza espiritual.**

Experimentar el pensamiento en su nacimiento no es una operación dialéctica: es experimentar voluntariamente el acto de pensar: **insertar la voluntad en el pensamiento reflejado, de modo que llegue a reanimarse de la fuerza íntima de la que nace y de la que es reflejo, de modo que no sea un reflejo, sino que irradie el ser desde su propia esencia**. Se capta donde surge, porque en el surgimiento es verdadero, inmediatamente después ya no lo es. Inmediatamente después es la abstracción la que viste de concreción provisional al mundo: el mundo que no se tiene, porque se considera real como escena que se tiene ante sí y como objeto que es por sí mismo, tal como aparece en su vestimenta abstracta. Mientras que su aparición es ya el resultado del acto interior inseparable de la percepción. **La verdad de la ciencia es real, pero ignora el pensamiento que la llena de realidad: por eso no va más allá de la apariencia.**

Es el mundo que se escapa aún más cuando se cree amar o sufrir, o desear u odiar, porque son los estados de ánimo y los instintos en los que la abstracción del mundo, es decir, su irrealidad, se ha convertido en poder interior, en sed de la vida reflejada y pensada: es decir, asumida en su inversión. Por lo tanto, se cree amar lo que es la imagen de la continua pérdida de una secreta capacidad de amar, y se odia porque no responde al elemento de deseo de este amor ilusorio.

11.

Incluso en el pensamiento lógicamente articulado y más racionalmente consciente, el yo en realidad no va más allá de un estado de sueño, ya que no expresa su propio Ser, sino lo que de él se refleja en el instrumento físico del pensamiento y en la condición correlativa de la conciencia. Una condición análoga a la del sueño, que es un mundo suprasensible reflejado por la corporeidad y, por lo tanto, inmediatamente traducido en el simbolismo extraído de la experiencia sensible.

En la conciencia despierta no se está realmente despierto, sino que **se tiene el principio del estar despierto**: las imágenes no son suscitadas por una experiencia suprasensible, como en el sueño, que la conciencia ordinaria no puede seguir directamente, sino por una experiencia sensible que la conciencia puede seguir por el hecho de ser conciencia de ese nivel. **Se puede decir que en el estado de vigilia el soñar coincide con la experiencia sensible de la conciencia.**

En realidad, el yo sueña su estado de vigilia y lo seguirá soñando hasta que el pensamiento consciente se dé cuenta de la corriente incorpórea de vida que le permite ser pensamiento: viviendo su propio ser, sin alienarse en su propio reflejo: sin hacer de una imagen onírica el mundo, **sino realizando el estado de vigilia verdadero: el nivel del yo, al que continuamente apela.**

El yo puede suscitar en el pensamiento su propio estado superior de vigilia, **si reconoce conscientemente en el pensamiento fluido el Ser del Mundo** en el que cada vez la intuición pre dialéctica se convierte en el despertar de su poder original.



12.

Lo pensado es un pensamiento inmóvil, un recuerdo o un mero nombre: no es nada si no se vuelve a pensar. Al volver a pensarlo, cobra vida y su animación es pensamiento pensante: a punto de expresar la vida de la que se extrae en forma de pensamiento, pero perdiéndola inevitablemente en la reflexión. Pensante, por tanto, en cuanto que se limita a la proyección espectral de sí mismo: a la abstracción, sin la cual no sabría ser pensante. Y este es el límite de todo el idealismo de todo el filosofar. El límite que hay que superar. **La concentración lo supera, realizando voluntariamente la continuidad del momento pensante.**

Normalmente no se tiene el pensamiento pensante al que se recurre, que, como pensado, se apaga inmediatamente. Pero al contemplar el pensamiento que se convierte en forma de lo que, como «contenido» abstracto, sustituye a su contenido, este finalmente puede expresarse. **Entonces es el pensamiento que se percibe resucitado, como vida pensante del mundo:** pero no tiene nada que ver con la dialéctica o el filosofar, sus impedimentos.

Es la contemplación, a la que se le da el ser del pensamiento aún no desanimado: por primera vez no perdido en el pensar, sino aflorando como esencia del pensamiento. El pensamiento asciende a pensar vivo, vuelve a ser lo que era en origen. Al no estar condicionado por la reflexividad, el Yo que se actúa como sujeto de la contemplación es el Yo real. Es el Yo que no necesita del pensamiento para ser, pudiendo contemplar el pensamiento: **puede verlo como por ahora el ojo ve el mundo exterior, o el pensamiento lo pensado. Pero es un ver que no es detenerse en él, sino penetrar en el ser que, como pensado, parece estar en contra del conocer, pero, al ser, es el conocer mismo.**

Objetivo ante el yo, el pensamiento no es alteridad, sino transparencia. **Es el ojo del espíritu, que no ve por sí mismo, sino por el espíritu.** No es objeto, salvo para meditar: para extinguirse continuamente como objeto, para que se cumpla la meditación. Un objeto verdaderamente contemplado como objeto no es nada fijo: se anima y se transmuta, se convierte en pensamiento, que vive, listo para ceder a su «vacío», a la esencia.

El Yo, fuera de la reflexividad, realiza su ser: contemplando el pensamiento, comienza a contemplar la realidad interior de la creación: aquello para lo que fue creada. Lo cual es más verdadero que la creación, **ya que la creación es algo solo en la medida en que, pensada, remite a la fuerza creadora.**

Contemplar el pensamiento es la posibilidad de ponerse ante el alma: ver objetivamente el sentir y el querer, identificándose no con sus modificaciones egóicas, sino con su fuente incorpórea. Lo que realmente se tiene como objeto, de hecho, se extingue por ser tenido como esencia. **En el pensamiento vivo, pensar, sentir y querer son uno.**

Pero es igualmente ser en el pensamiento del que germina la historia del hombre y del mundo: porque este pensamiento es operativo y no se está atrapado en su funcionamiento: se merece ser radicalmente emanante.

Quien contempla el pensamiento, es libre de la necesidad de vincularse a determinados pensamientos, **teniendo como objeto el pensamiento que piensa en sí mismo** y que no tiene sentido pensar, como no tiene sentido pensar un color.



13.

En el pensamiento reflejo, el pensamiento que no se manifiesta como forma de sí mismo, sino solo como forma de un «contenido», que **parece darse y al mismo tiempo cerrarse** en su alteridad, **el Yo es simplemente soñador**. En el pensamiento reflejado, en efecto, falta el sujeto pensante, ya que es él mismo un reflejo, es decir, meramente pensado, como todo lo que, en cuanto pensado, no es: por lo tanto, remitido al sentir corporal. Sin embargo, incluso cuando no se percibe, se sabe mediante el pensamiento.

En esencia, al pensar la apariencia mineral, se piensa algo que ya como imagen del mundo está tejido de pensamiento: absorbido en una objetividad que se cree tener pero que no se tiene, porque se tiene como apariencia: reflejo de un reflejo. Por lo tanto, aquello de lo que es doblemente reflejado, es ignorado. Se ignora el Logos del mundo, la vida radical del pensamiento y de todo ente.

Por eso se piensa en la nada: que, solo después de la muerte, se verá como la nada, que se creía percibir, que se pensaba y por lo que se gozaba y se sufría. Pero es el pensar el gozar y el sufrir a través del cual el yo comienza, aunque sea torpemente, a operar.

El yo pone continuamente una huella en el pensamiento. En cada pensamiento individual, aunque sea reflexivo, abstracto, como corriente de vida extinta, el yo, como yo reflejado, aflora. Es su forma inferior, el ego: cuyo conocimiento **exige la visión espacio-temporal contingente**, que erróneamente se considera el ser, por lo que se cree poder conocer incluso otros mundos ya categorizados según esa visión espacio-temporal, mediante la cual ni siquiera se comprende el propio mundo.

El ego no puede conocer ningún objeto en cuanto es un objeto reflejo y, como reflejo, ya pensado y suficiente en sí mismo, **no exige penetración**, sino **solo una serie indefinida de relaciones reflejadas o abstractas**. Solo si el yo estuviera presente, el objeto podría ser conocido; pero el yo solo puede estar presente, no donde se extingue la corriente del pensamiento, sino donde está viva. En el pensamiento vivo, **el Ser del objeto coincide con el Ser del Yo**.

Es el pensamiento vivo, sin el cual no habría pensamiento pensante y, por consiguiente, tampoco ningún pensamiento reflejado, como su negación. Se puede remontar a él por el pensamiento que se tiene normalmente, o pensamiento reflexivo, por la vía al pensamiento pensante que no se tiene, en el que se extingue cada vez que se expresa, o más bien destella al extinguirse. Si no se extinguiera, no habría pensamiento dialéctico consciente en cuanto reflejo, es decir, no auténtico, precisamente en su ser dotado de nombre y forma: a pesar de tener su origen en el pensamiento vivo. Cuyo Logos se encarnó y dio el secreto del nombre y la forma: que hay que reencontrar.

Cada entidad tiene su nombre secreto, que espera ser pronunciado por el hombre, para que este reencuentre en sí mismo su luz no-sustancial, como pensamiento vivo y creador.

14.

El verdadero hombre comienza a ser aquel que sabe ver, aunque aún sin experimentarlo directamente, **la prioridad del pensamiento como luz insustancial del todo**, de la que todo pensamiento y representación mediante formas no es más que una modificación. Modificación necesaria, **mientras el hombre se conforme con tener el pensamiento como forma de otra cosa, que no es pensamiento**, pero que se da por medio del pensamiento, y es el mundo: por lo tanto, desconocido, como el pensamiento.

En el pensamiento informal, o pensamiento vivo, **el objeto coincide con el sujeto**: mientras no coincida, siempre se tendrá la ilusión «realista» de que el objeto, como objeto, preexiste al pensamiento. Lo que parece a todos. En realidad, solo preexiste lo que efectivamente precede al pensamiento ordinario, o reflejo, es decir, el principio por el que es posible la reflexividad y que es anterior al ser reflejado: el pensamiento vivo.

En las cosas, en los objetos, en los eventos, petrificado y sustancializado, este puede ser visto como el pensamiento abstracto del universo, que espera ser realmente pensado: abstracto solo ante el conocimiento humano. Pensamiento que fue vivo y sigue vivo en la esencia pre-dialéctica del pensamiento, pero que para el hombre común se oculta en la forma de la objetividad muerta, ya que el pensamiento reflexivo no puede sino abstraerse del ser sensible: lo sensible, que es menos de lo que fluye en la percepción. Lo sensible abstracto: que se cree concreto y es concreto, pero no se realiza como tal.

Es la naturaleza, la factualidad, la vida subjetiva del yo, la contradicción inaprensible por el pensamiento que ya es un producto de ella: el mundo de las cosas y los hechos, que se opone al pensamiento como alteridad, en la medida en que este proyecta en su forma su límite, extrayendo de él los significados que su límite necesita para subsistir: límite que no precede al pensamiento, en sí mismo libre de límites.

Ningún objeto preexiste al pensamiento, si el pensamiento es consciente de dar el tejido inmediato que traduce la percepción en sensaciones o en representaciones: sensaciones o representaciones de algo que efectivamente existe, que no es una construcción subjetiva, pero cuya presencia en el tiempo, por la que parece ya existir, es la relación del pensamiento con la percepción.

Es la inconsciente inercia del pensar al percibir: la temporalidad que surge del pensamiento, en sí mismo intemporal. De modo que, al percibir, el hombre puede captar el tiempo como tejido del pensamiento. **Liberar el pensamiento al percibir, de hecho, es experimentar el tiempo como *presencia*.**

La sucesión temporal no concierne a las cosas, sino que es propia de la relación sensorial del hombre con ellas: es la relación con la «aparición», forma inconsciente del pensamiento vivo proporcionada al contenido del mundo, aún impenetrable fuera de su discontinuidad exterior o fragmentariedad: exigente la conexión espacio-temporal provisional. Que es siempre conexión ideal.

La aparente preexistencia de las cosas al pensamiento es la ubicación que les da el pensamiento en el tiempo, y por lo tanto en el espacio, aún incapaz de aferrarse a su propia atemporalidad, o a su propio ser tejido de tiempo: **que es la simultaneidad, o el verdadero espacio**. Pero igualmente la verdadera preexistencia.

De hecho, preexiste la esencia del mundo, la serie de arquetipos, que el hombre encuentra pensando hasta la esencia del pensamiento, que ya no es pensamiento sino Logos, sustancia de vida: fuerza-pensamiento que cada momento piensa y es anterior a su convertirse en velo de lo que, velado, está encerrado en la exterioridad: que parece preexistir. En realidad, no preexiste, sino que surge como consecuencia del movimiento del Yo, que experimenta su propio ser inmediato y lo encuentra provisionalmente en el absoluto inmediato exterior, **el espacio**.

También en la línea de la progresión temporal, **la animadversión** del hombre hacia sí mismo precede a la percepción del mundo, porque la percepción del mundo es siempre una referencia a uno mismo, momento a momento del tiempo, **pero desde una esencia atemporal**.

Esencia intemporal, por lo tanto, a-espacial, por lo que no existe un «fuera» o un «dentro», un «objetivo» o un «subjetivo», sino solo la identidad del Yo con el ser del mundo: **con la estructura pensante del mundo**.



15.

Sin duda alguna el mundo, el escenario exterior, son y parecen preexistir al hombre, que en un momento determinado aparece y los ve. Sin embargo, el momento auténtico del conocimiento es aquel capaz de captar no el hecho, sino el devenir, no el objeto consumado —que, como se verá, aparece en su determinación agotada solo al pensamiento abstracto—, **sino el proceso por el que se ha cumplido o se está cumpliendo: proceso idéntico al proceso del pensamiento que lo recorre.**

El mundo visto es un hecho congelado y, como hecho, fijado por el pensamiento que aún no tiene la capacidad de penetrar en la interioridad en devenir, o en el devenir del hecho.

Pero el devenir del hecho se da como devenir del pensamiento, que conecta nota a nota y momento a momento, y que no puede tener en sí mismo más que pensamiento: no cosas.

El objeto visto es el objeto que ya comienza a ser pensado: asumido tal como se ve, en realidad queda detenido en ese aspecto suyo: en el que, en cambio, el pensamiento debería, por virtud contemplativa, **vislumbrar su propio movimiento, tendente a la identidad absoluta con el objeto.**

Al percibir su propio movimiento, lo vería animarse en la cosa junto con un movimiento más interno que surge de ella y que es perceptible en cuanto que es uno con él. Es el pensamiento creador del que nace el objeto. Pensamiento que es vida, revelándose en el pensamiento que, entregándose a él, se anima desde su íntimo de tal vida. Pensamiento vivo. **No existe un objetivo real opuesto al pensamiento.** Si algo como objetivo real existe, existe porque ya surge como pensamiento.

16.

Los objetos y los estímulos del mundo exterior parecen preceder al pensamiento. Pero hay que estar atento para comprender cómo se relacionan con un sujeto perceptivo que se encuentra con ellos a través de vehículos u órganos que ya están provistos de su correlación con los objetos: correlación gracias a la cual constituyen estructuralmente un único mundo con ellos. Para quien sabe mirar, los procesos físicos relacionados con los órganos de percepción no tienen nada que ver con lo que estos transmiten al sujeto que percibe. Esto precede y determina, con el pensamiento, la función de la correlación. **Por lo tanto, el pensamiento preexiste a la percepción.**

La correlación es, en realidad, la correlación para el yo, sin el cual no sería nada, reflejando la alteridad necesaria para que la *animadversión* inmediata en la que comienza a estar presente se convierta en autoconsciencia y continúe. La correlación es vitalmente el movimiento del pensamiento, que solo se vuelve consciente cuando se refleja y se abstrae.

¿Existe el mundo exterior antes que el pensamiento? No, porque ese mundo exterior no es lo que existe antes, sino lo que **comienza a existir gracias al pensamiento que se articula en la percepción**. Lo que realmente existe antes se supone, pero no se conoce, por lo que se asume como «ser»: reconocimiento provisional del pensamiento a algo que se siente inconscientemente como base, pero que en realidad no es perceptible por los sentidos. Pensamiento pensante del cosmos: no presupuesto, sino interno al pensamiento que adquiere conciencia básica de sí mismo, hasta el poder de su propia trascendencia.

Es el **pensamiento vivo**, del que en efecto no se puede decir que sea anterior al pensamiento, **ya que su ser es atemporal**, es decir, no es ni anterior ni posterior al pensamiento que piensa, **por el cual solo, como reflejo, surge la categoría del tiempo.**

Sin embargo, el hombre, en su actitud realista e ingenua habitual, cree que la vida como escenario exterior preexiste al pensamiento: no se da cuenta de que supone la vida y, al suponerla, la identifica con lo que ve, sin verla realmente, porque **solo ve las manifestaciones físico-sensibles de la vida, no la vida.**

Solo ve una realidad exterior que parece preexistir al pensamiento, porque está ante él: pero está ante él como un acontecimiento cuyo límite es un límite que surge solo para el pensamiento que lo asume como una objetividad ajena a él, pensado en el que no reconoce su propio movimiento. No sabe reconocer el pensamiento vivo congelado en las cosas: el pensado del universo que puede repensar, siendo esta su tarea, pero que piensa como algo impensable, o cosa.

Solo puede encontrarlo vivo si encuentra la vida en sí mismo: es un acontecimiento simultáneo. Por lo tanto, si, al mirar la semilla de una planta, piensa atentamente mediante la imagen en su desarrollo en árbol, flores y frutos, puede llegar a tener vivo

ante sí el pensamiento de lo que esa semilla, en efecto, contiene de forma invisible. Lo que se anima en el pensamiento coincide con lo que se manifestará en el tiempo, al completarse en la esencia. En la esencia que comienza a darse, como pensamiento, imagen viva, surge o resurge la realidad de lo que se contempla.



17.

El hombre solo ve las manifestaciones de la vida, es decir, lo que la vida mueve y que él percibe como hecho, no como proceso. La relación entre un momento y otro de la producción de un fenómeno, o de la transformación de una entidad orgánica, o de un ser vivo, es una relación de pensamiento, no de percepción. Se trata de **ser consciente de cómo opera el pensamiento independientemente de su devenir dialéctico**: no limitarse a su uso relativo a los objetos, en vista de los resultados. Es necesario ver qué es lo que, en el conocimiento, proviene del pensamiento y nunca podría provenir de la percepción: así se capta la objetividad del pensamiento.

Cada percepción es esa percepción determinada, porque con ella se combina cada vez un movimiento interior: pensamiento no consciente, en cuanto más profundo y auténtico. Su inconsciencia deja el campo libre al pensamiento reflexivo, que inmediatamente en el mundo orgánico supone la vida: vida que el hombre cree percibir y no percibe, **pero que podría percibir como vida, si captara en sí mismo ese movimiento interior**. Movimiento del pensamiento vivo.

En realidad, el pensamiento no puede tener en sí mismo nada que no sea de su propio tejido, nada ante sí que no sea pensamiento. La percepción es siempre la percepción sentida, y el sentir es pensamiento, aunque no sea pensamiento consciente.

Al captar su propio pensamiento, el hombre puede llegar a experimentar como actividad impersonal el pensamiento supra-racional, o cósmico, que ha pensado y piensa la creación. Experimenta lo trascendente en el ámbito de la individualidad: que es llevar adelante la creación, terrestremente paralizada por el pensamiento reflexivo.

El pensamiento del hombre, al encontrarse vivo, **actualiza en sí mismo el pensamiento del Cosmos: que se ha expresado en el lenguaje de la creación, para resucitar como pensamiento del hombre**: ciertamente no como racionalismo. Es un pensamiento que, al individualizarse, aunque sin alterar su virtud original, no repite lo ya hecho, ni es la lógica de lo ya hecho, sino que es el devenir ulterior de la creación. La creación continúa como pensamiento vivo del hombre.

El pensamiento humano, cuando es auténtico, es el florecimiento del árbol de la vida.

El secreto del pensamiento es su íntima trascendencia, lista para revelarse: pero solo puede revelarse donde se ha vuelto inmanente, individual, capaz en sí mismo de absoluta autonomía. La autonomía del pensamiento es su realidad suprasensible. Pero no es un don gratuito: es la consecuencia de su unión con la voluntad, allí donde dicha unión, o fusión, no depende de la naturaleza corporal, sino de la trascendencia voluntaria de esta naturaleza, potencialmente inherente al pensamiento, a todo pensamiento, cuando es pensado por el Yo. Es necesario que el Yo esté en el pensamiento: presente, pero no percibido, como potencia silenciosa del pensamiento vivo. Normalmente es raro que el Yo esté presente en el pensamiento: se necesita, en efecto, una ascética específica de la trascendencia.

18.

El largo esfuerzo del hombre por salir de las estrecheces de la ilusión, como de la contradicción del dolor y la muerte, es en esencia una búsqueda inconsciente de las fuentes del pensamiento con las que construye su propia vida; una búsqueda que comenzó cuando la sabiduría original, la tradición, dejó de pensar por él. Dejó de pensar por él gradualmente cuando nació el pensamiento individual, en el que el yo, aunque reflejado, comenzó a ser sujeto, en cuanto sujeto pensante: y aún no verdaderamente pensante, en cuanto pensante en la abstracción.

Desde que nació el germen de la autoconciencia, lo que realmente ha hecho avanzar al hombre no ha sido lo que ha pensado y traducido en conocimiento y progreso exterior, **sino la vitalidad espiritual de ese pensamiento, su potencia moral**, que en la cultura y el progreso solo ha tenido repercusiones no esenciales: progreso y cultura no verdaderos en sí mismos, sino solo por lo que del pensamiento supra-racional se ha animado a través de ellos, dejándolos como sus signos. Que, como signos, están muertos, no son espíritu, no son cultura: **expresivos solo para el pensamiento que puede revivirlos según su propia fuerza íntima**, según la vitalidad que es su verdadero ser, independiente de lo que significan para el intelecto.

El Ser del pensamiento es lo que opera radicalmente en el mundo: no lo que se piensa de manera determinada y que, como conocimiento o como historia, se transmite de generación en generación. **El Ser del pensamiento es el Espíritu en su infinitud, que tiene en sí mismo el sentir y el querer, en su esencia incorpórea. No es el pensar, sino su Logos, o principio puro, el que piensa todo el pensar del hombre**, animándose directamente en esos raros pensamientos que no renuncian, aunque sea en el ámbito de la naturaleza, a la fuente de la que brotan. Son los pensamientos los que tienden a hacer fluir en el mundo la vitalidad espiritual normalmente extinta en el tejido dialéctico de las ideas y las doctrinas, que constituyen el nivel del saber: de hecho, **yacen allí como una noción inanimada, a menos que un nuevo pensamiento las asuma como medio para su renacimiento.**

Pero una cosa es simplemente repensar las ideas y otra es revivir el momento creativo pre-dialéctico, que se aleja de su forma, ya que la forma dialéctica es la reflexión que, asumida como valor, se convierte en la falsedad continua de una cultura que, aunque se nutre de lo espiritual, se opone a él, incluso cuando fabula sobre lo espiritual.

La más alta doctrina del espíritu, congelada en la forma reflejada, en la que necesariamente se expresa, puede convertirse en dogma, exigiendo conformidad, más que vida interior, si el pensamiento no la resucita de su ser original. Sin embargo, ese ser original resucita, por la luz del pensamiento que puede encenderse a partir de él. **Cada uno encuentra en él la luz-pensamiento de la que es capaz y que el Mundo Espiritual le permite.**

19.

El pensamiento, para valer en lo humano lo que es antes de reflejarse como pensamiento, es decir, para ser pensante según su Ser y no solo en cuanto piensa un determinado objeto, no exige solo el momento del «pensamiento pensante», o el «acto» del pensamiento, presente en todo pensar efectivo —que es la posibilidad interior perdida cada vez—, sino también **el querer el momento del pensamiento pensante**: que es más que un ser pensante según el proceso espontáneo del pensamiento, contradictorio, en cuanto reflejo, el movimiento del que nace, por lo que, como pensamiento ordinario, es siempre oposición al espíritu.

El querer en el pensamiento es el puro movimiento del Yo: la apertura inmediata al espíritu: ingenuamente requerida por diversas mediaciones del pensamiento reflexivo, que no reconoce en sí mismo el elemento espiritual que se representa mística o metafísicamente, fuera de sí mismo, fuera de su ser.

La verdadera ascética es la del pensamiento que se quiere tanto en la determinación de sí mismo, que supera el límite de la reflexividad propia de este, animándose con una voluntad que, en cuanto se articula en el pensamiento, puede quererse no según el movimiento habitual en la corporeidad, sino atendiendo directamente a la fuente incorpórea, sobrehumana.

El verdadero pensamiento es el pensamiento que quiere: pensamiento que penetra en el mundo, o se entrega, o da lugar al silencio, desapareciendo en la esencia, porque quiere. Este querer es vida fluida del Logos.

Volviéndose atentamente hacia un objeto, por su ascetismo, el pensamiento en un momento determinado se anima, **presentándose como el ser del objeto. El objeto desaparece como lo que se opone al pensamiento: surge como esencia.**

El pensamiento, al pensar con intensidad consciente un objeto —sea cual sea—, comienza a ser el pensar del Yo, o del espíritu: de hecho, tiene el objeto, no es tenido por él, lo que supone la superación de la dualidad contingente. Contemplado en su profunda objetividad, **el mundo aflora en lo íntimo del ser pensante, uno con él.**

El pensamiento se abre a su propia fuerza radical, cuyo fluir, al insistir, supera los límites en los que normalmente se concluye el objeto y por los que el objeto está ligado a una forma determinada: **el Ser del pensamiento es uno con el Ser del objeto, más allá de la relación provisional de la reflexividad.**

No importa lo que se elija como pensado para repensar, es decir, el objeto del pensamiento, ya que todo pensamiento pertenece a la única dimensión de la reflexividad y todos los temas son equivalentes en cuanto a la esencialidad de la fuerza que se aliena en su dialéctica. **No hay pensamiento que no sea la proyección inferior del ser trascendente del pensamiento.**

El Ser trascendente del pensamiento, de hecho, necesita hacerse inmanente, determinándose en ideas, conceptos o representaciones, para expresarse en el nivel de lo mental humano. Se determina por objetos o temas, cada uno de los cuales es, por lo tanto, el tema u objeto que puede convertirse en vehículo del pensamiento, que lo piensa, cada vez que recurre a su propia fuente. **Cada tema u objeto puede conducir a la esencia de todos los demás: al corazón del mundo, gracias a la concentración.**

Es el pensamiento que el hombre aún no tiene la capacidad de acoger como contenido directo: que es el sentido último del pensamiento. Como contenido directo, es el Logos, el pensamiento universo, en el que el hombre extrae los pensamientos que es capaz de pensar independientemente de su propia naturaleza.

Es la experiencia de la libertad, que la historia actual del hombre exige, al menos inicialmente a muy pocos, como virtud de orientación del ser humano, según el Logos que edifica la vida, pero que por ello destruye lo que se opone a la edificación de la vida. **La trascendencia del pensamiento puede hacerse inmanente cada vez, gracias a la voluntad pura.** Es esto lo que, insistiendo en su propio movimiento, supera todo sufrimiento humano debido a la condición de la inmanencia privada de la luz de su trascendencia, y por lo tanto **reconstruye la vida: realiza lo humano según el Logos que transforma, o, mejor dicho, resucita lo humano.**



20.

El ser del pensamiento, o poder ideante, o idea original, para ser, exige la intensidad de un pensamiento que lo acoja en cada uno de sus puntos como en el momento de su surgimiento, ya que en cada momento tiene su objeto como pensamiento de aquello por lo que puede ser ese objeto.

En cada momento, ese pensamiento es, por lo tanto, *el prius*, el darse interior del movimiento por el cual el objeto es hasta su aparición, es decir, hasta la primera *animadversidad*. **Continuamente se alcanza el punto en el que el fluir pensante precede al fluir**, que se tiene como pensamiento e inmediatamente como pensado: en el que eso nunca es concluyente.

Es evidente que no se trata de un «traspaso» de un tipo de pensamiento a otro, **sino de la intensificación de un mismo pensamiento**. Se trata de la intensificación del momento pre-dialéctico, inmediatamente perdido en la representación ordinaria, es decir, de la posibilidad de experimentar con intensidad el pensamiento, que al principio no puede ser más que un pensamiento determinado —representación, concepto o juicio— reconstruido según el proceso de su determinación, hasta que mediante él se exprese la fuerza por la que puede ser, reflexivamente, ese pensamiento determinado. **Su verdad es, por tanto, su posibilidad de desaparecer cada vez en aquello de lo que nace, para renacer como poder objetivo del pensamiento**.

Ningún pensamiento determinado tiene esa fuerza y todos brotan de ella: por lo que la verdad no puede pertenecer a ningún pensamiento —y, por consiguiente, a ninguna doctrina, escuela, academia o corriente espiritualista—, **sino al pensamiento en el que vive la fuerza de la que nacen las verdades y las doctrinas**. Que ya no es el pensamiento ordinario.

La verdad es precisamente esta fuerza, no las doctrinas que la dialéctizan, por lo que ningún conocimiento de la verdad es la verdad, **sino solo el conocimiento como expresión de dicha fuerza**: no el conocimiento que se persigue por saber, sino aquel al que se subordina todo saber. **El verdadero saber es el pensamiento que sabe Ser pensamiento: puro conocimiento**.

Las determinaciones del pensamiento pueden reconocerse como caminos del espíritu **desde lo múltiple y lo contingente, hacia el hallazgo del pensamiento uno, o pensamiento originario del mundo**, que se manifiesta como pensamiento individual. El Logos exige convertirse en poder de luz individual, responsabilidad, libertad.

La trascendencia del pensamiento, cada vez que se realiza como determinación, exige secretamente que ese acto **done su propio poder: en la inmanencia se reencuentra como poder de la voluntad el Logos**. El secreto de todo el obrar, el luchar, el sufrir humano, es este: reencontrar **la potencia del acto** que se realiza cada vez, pensando volitivamente: **la luz que resuelve la oscuridad de la psique humana**.

21.

El pensamiento, siempre desanimado en su ser reflejado, en esencia, así reflejado, se da a sí mismo. Es, pues, la entrega que se puede tener hasta lo que esencialmente se da a sí mismo. Se puede abrir el camino hacia ello con la voluntad, que es la entrega del yo, ilimitada.

El pensamiento puede ser animado y vivo, si se insiste voluntariamente en el proceso por el que se produce, pensándolo no en la medida en que está condicionado por un objeto, sino en la medida en que, una vez planteado un objeto, se lo piensa tan intensamente que se capta objetivamente la actividad pensante: que se realiza independiente del objeto, y auténtica precisamente por esta independencia.

Experimentar la propia actividad pensante es un grado superior del pensamiento, desconocido tanto para el razonamiento ordinario como para la especulación filosófica, pero también para ese meditar que ignora el proceso del pensamiento como proceso de reflexividad, ignora qué conversión debe realizar en sí misma para no ser ilusoria. A través de tal experiencia, se puede descubrir cómo todo objeto es, en última instancia, un pretexto para que la manifestación del pensamiento se capte a sí misma.

El verdadero pensamiento no es el pensamiento que ya ha tomado forma como la forma de una cosa o de un estado de ánimo o de un juicio, o de un conocimiento -que también puede ser un conocimiento espiritualista-, sino el pensamiento gracias al cual surge esta forma, por el cual el objeto se da como pensamiento, no se ve como pensamiento, porque uno cree ver el objeto. Pero es este pensamiento el que debe ser conocido por lo que es en sí mismo, antes de darse como la forma del aparecer o del sentir. Y éste es el camino por el cual sólo el mundo de las apariencias y de los estados de ánimo deja de ser la condición de la vida de la conciencia, convirtiéndose en materia para su experimentación independiente, hasta la claridad del alma.

Cada vez que un pensamiento es pensado, está al borde de la vida, pero inmediatamente su vida, proyectándose en la forma, se detiene. Esta vida también puede ser evocada indirecta o mediatamente en el pensamiento consciente: si cada vez que un pensamiento es pensado desde su inicio y, por dignidad y sentido del valor, no se aparta de la fuente donde nace, sin dejar de darle forma y palabra. Pero es la actividad de unos momentos y de unos hombres raros.

Sin embargo, ni siquiera en este caso, cuando se da realmente, se experimenta el pensamiento vivo, en la medida en que se bebe mínimamente de su flujo: se delibera sobre esa "agua de vida", pero a condición de no tenerla en estado puro y de ignorar de dónde y cómo brota: cuál puede ser su verdadera virtud. Sólo se tiene en su uso, en relación con otra cosa: en su alteración.

Uno no tiene el pensamiento como el tejido mismo de la verdad, por el cual los pensamientos se hacen verdaderos en el mundo. Uno no tiene el pensamiento como el tejido mismo de la verdad, en el cual uno tiene la percepción de las cosas del mundo. Aunque se posea la lógica del pensamiento vivo y la liberación cognitiva, la ignición del pensamiento vivo la otorga, sin embargo, el Mundo Espiritual, donde se alcanza esa trascendencia del yo que está en el pensamiento en todo momento, pero que exige, para ser percibida, la claridad del alma.



22.

Podemos acceder al pensamiento vivo a través de ciertos pensamientos, que surgen plenamente como nuestra actividad. Éstos tampoco preexisten al pensamiento, ya que sólo se hacen reales al convertirse en el pensamiento que los piensa. Pues no hay pensamiento fuera del pensamiento que piensa; mientras que, como hemos visto, sólo un pensamiento ilusorio preexiste al pensamiento. El momento del despertar de un pensamiento es su momento intemporal, aún no desplegado en conceptos ni revestido de proposiciones: una intemporalidad que precede lógicamente al proceso dialéctico, exigiendo la sucesión del tiempo, puesto que es la síntesis fuente en el pensador que, a punto de expresarse, sabe en un solo instante lo que piensa y desplegará en conceptos y proposiciones.

Un pensamiento, si se piensa con insistencia, de modo que en su determinación fluya intensificado el elemento o momento interior creador del que necesariamente deriva, puede conducir a su propio ser vivo. El pensamiento vivo en sí no se experimenta, pero se acoge la forma en la que se manifiesta por primera vez en el alma: una forma normalmente enajenada como el ropaje de un supuesto contenido, cuando es el verdadero contenido. Encontrarse: lo trascendente que se hace inmanente.

Tal experiencia exige la comprensión de que el crecimiento interior que de ella resulta no se debe a la determinación particular del pensamiento, es decir, al sentido de lo pensado, sino a la fuerza-pensamiento indeterminada convocada a través de él: gracias a la voluntad pensante, o al pensamiento queriéndose insistentemente a sí mismo en el punto de su determinación.

A través de las determinaciones del pensamiento, cuando son reconocidas como tales, es posible llegar al pensamiento puro, o pensamiento poderoso, porque está vacío de pensamientos. Pero esta posibilidad debe ser decisión del hombre, por ser la lógica misma del proceso del pensamiento: no puede ofrecérsela la evolución natural. De ordinario, en efecto, las determinaciones, por ser la forma interior del percibir, se ven como necesarias en sí mismas y se identifican con los contenidos de que están revestidas, de modo que, por ejemplo, la multiplicidad exterior se proyecta como una serie de hechos en la vida interior, que domina regularmente el pensamiento. Es la contradicción que se consagra científicamente, convirtiéndose en el bosque enmarañado de las apariencias, del que sólo se puede salir mediante el sueño o la muerte: o mediante la ascesis del pensamiento.

Este ascetismo es el sentido último de la contradicción: el redescubrimiento del Logos a través de aquello que lo introduce como actividad individual en la conciencia, el pensamiento. El pensamiento no pertenece al hombre, sino al Logos: no obstante, se hace individual en el hombre, de modo que éste puede llegar al Logos a través de él.

23.

Quien se educa en la contemplación del pensamiento, según el canon derivado de la observación de su proceso típico, experimenta la objetivación del pensamiento relativa a un objeto -que es el pensar ordinario, el pensar o el pensamiento- como preparación para la objetivación del pensar mismo, gracias a la insistencia en el movimiento inicial del pensamiento: que es en sí mismo la luz-logos del pensamiento.

Es la concentración, o intensificación, del momento predialéctico del pensamiento, que puede experimentarse primero indirectamente, en la medida en que toda la atención pensante se dirige a un objeto. Éste, en un momento dado, deja de ser un límite del pensamiento, o una cosa asumida como pensamiento, convirtiéndose él mismo en todo pensamiento. Un acto que es pensamiento, hasta que exige algo más que ser pensado: contemplado.

No hay objeto que no se dé a sí mismo como pensamiento; pero siempre es el pensamiento del objeto, no realmente el pensamiento que piensa el objeto: pensamiento que sólo puede experimentarse como acto volitivo que se agarra a sí mismo en el objeto, asumiendo su propia fuerza en la forma para la que es "materia". El objeto como objeto se extingue, dejando libre al pensamiento. El pensamiento pensante es aquello que nunca es verdaderamente pensado, precisamente porque piensa algo. Sólo puede ser especulación inmóvil, si no se experimenta a sí mismo, es decir, si no pone en práctica la vida que le hace pensar: de modo que se pueda estar pensando en el pensamiento y no en aquello en lo que se aniquila. Que es el camino de la meditación.

La diferencia entre la intuición filosófica del pensamiento pensante -que, cuando se da, es en sí mismo pensamiento pensante- y la experiencia de éste, o meditación, es la misma que existe entre el agua que se evoca por el deseo de beber y el agua que, cuando se bebe, sacia la sed.

Normalmente, el alma expresa el mal del mundo, que no proviene del mundo, sino de su dependencia de la corporeidad y, por tanto, de haber perdido su naturaleza espiritual, es decir, el poder que domina la corporeidad. Es necesario que actúe en el alma algo que, perteneciéndole, tenga el poder de trascender su dependencia de la corporeidad y despertar en ella el elemento paralizado de la perpetuidad. Este algo es el pensamiento, el movimiento originario de la conciencia, que cada vez, en el momento pre-cerebral del conocer, es encendido por la luz del Logos, pero ignorado, contradicho en la reflexividad. De lo cual no se sale con la teórica del "pensamiento pensante".

El verdadero "acto" es la voluntad del pensamiento, es decir, el ser del pensamiento, que se encuentra con el Logos del mundo. Pero tal acto sólo puede aprenderse en la meditación, o concentración: a través de ella, el ser del pensamiento realiza el ser del mundo, la fuente del Cielo y de la Tierra, el secreto de la conexión original con cada criatura.

24.

El pensamiento parece suficiente cuando es lógico y penetrante, o sutil, y en la medida en que da cuenta del mundo, de las cosas, de los seres y de uno mismo, de los estados de ánimo, de los recuerdos y de los pensamientos mismos. Pero esto no es todavía el verdadero pensar: no es todavía el pensar que no necesita temas ni objetos para tener concreción al tener el fundamento en sí mismo: un fundamento, a través de él, buscado en otros entes: entes pensados, sin la conciencia de tenerlos sólo como pensamiento.

Los hechos, las cosas, los seres, el mundo, exigen no el conocimiento con que el hombre los ordena -aunque este conocimiento sea necesario a cierto nivel-, sino el conocimiento: aquello que, alienándose normalmente como su forma, es su ser inicial, la posibilidad de su ser auténtico. El mundo existente es el mundo espiritual, no percibido: su ser se niega en el pensamiento que, para ser pensamiento ordinario, extingue su propio ser y, por tanto, no penetra en el mundo, no se realiza a sí mismo como potencia pensante del mundo, transcendencia del mundo. No conoce su propio Logos, que es el Logos de los entes.

El hombre sigue sin pensar realmente, pues cree que el pensamiento le es dado para explicar el mundo, los acontecimientos y a sí mismo. Pero esto es indiferente para el mundo, como lo es para el espíritu.

El hombre debe ser capaz de descubrir que piensa el mundo, las cosas, a sí mismo, sólo para que pueda ser estimulado a identificar el pensamiento, que penetra en el mundo: percibir el pensamiento, que nunca se percibe, porque siempre está mezclado con las cosas, utilizado para llenar la cáscara vacía de las percepciones: de hecho, sólo se percibe cada vez lo que se piensa a causa del pensamiento y que se da como contenido. Mientras que el verdadero contenido, directamente experimentado, es el pensamiento puro, del que brotan los pensamientos que tejen la forma de la experiencia ordinaria: exterior e interior.



25.

El mundo viene al hombre teniendo ya una forma tejida de pensamiento: que inicialmente no es ciertamente pensamiento conceptual, sino, como imagen, de la misma sustancia que éste: no percibido.

El mundo así dado y pensado no es el mundo. Se da como forma, o reflejo, tomado como contenido, únicamente, para que pueda conocerse la fuerza en virtud de la cual nace la forma. La forma debe convertirse en contenido, porque la fuerza formadora es el pensamiento original: el pensamiento vivo, que puede finalmente reconocerse en ella. Y a través de él puede extraer lo espiritual que se da como mundo sensible. La forma pura del pensamiento es el verdadero contenido, la fuerza pensante del mundo.

El mundo puede ser penetrado no por el pensamiento que ignora su ser como un ropaje abstracto a su *ser*, tenido como *apariencia*, sino por el pensamiento que se realiza a este lado del límite, al captar su devenir forma de apariencia, o reflejo del mundo. Pero es este pensamiento el que, captándose a sí mismo, continúa la creación del mundo, más allá de lo ya hecho.

Aquello que hizo y hace el mundo, comienza a aparecer en el hombre, como pensamiento, que se da a sí mismo como forma de las cosas. Esta forma es en sí misma una fuerza creadora, que el pensamiento reflejado ignora y contradice.

El mundo quiere ser penetrado por el pensamiento que revive el proceso del que está petrificado en formas, como naturaleza, como pasado, como historia: porque estas formas, asumidas fuera del proceso del que surgieron, y hechas sensaciones, imágenes, pensamientos, son la no-verdad, que enferma al hombre. En verdad, el mundo petrificado es el espíritu: que presiona en el hombre como vida.

Estas formas no deben convertirse en realidad, ansia, pensamiento, sino ser un medio para que el pensamiento tome conciencia de ser aquello para lo que se dan como formas, fingiendo vida: pues sólo son el signo de la vida. La vida nunca es percibida, sino sólo inferida, pensamiento, siendo ella movimiento incorpóreo del pensamiento y fuerza formadora, de la cual sólo los efectos perceptibles son captados a través de la percepción.

La correlación con la vida ya está en el percibir, pero nadie tiene el percibir en esencia, pues en nadie el receptor está verdaderamente despierto. El percibir ordinario le es dado al sujeto, pero para él es la continua huida inadvertida del objeto de percepción, para percibir su propia corporeidad, es decir, lo que puede tener como sensación de sí mismo sobre la base de la conciencia reflejada, en relación con el contenido perceptivo. Nadie tiene nunca la percepción, porque nadie sabe estar presente a ella, o estar "inmóvil" ante ella, o dedicado a ella más que a la sensación de sí mismo.

Sin embargo, uno cree percibir el objeto. Sólo a través del pensamiento original, no dialéctico, uno se acerca a la vida: de hecho, ningún órgano sensorial necesita

percibirla, ya que es estructuralmente uno con el mundo sensorial. De hecho, sólo hay un verdadero perceptor: el ego. El error es la sustitución del alma por el ego al percibir, y por tanto la inevitable alteración de su contenido: la dualidad.

Los sentidos son órganos estructuralmente relacionados con el mundo: una correlación de la que el alma, en su esfera inconsciente, sustrae para sí la vida íntima, y en la que el yo se inserta percibiendo conscientemente sólo aquello que se le permite penetrar en tal condición, siendo su propio movimiento fluyente en los sentidos normalmente ajeno u otro a él, en sí mismo idéntico con el movimiento de la vida del mundo. Excepto que no despierta el pensamiento vivo, o la percepción pura: que agarran la vida una.

Vida: movimiento incorpóreo como el pensamiento: por tanto pensamiento del universo: pensamiento de la forma del hombre. De ahí que podamos decir que la naturaleza es el pensamiento del universo, la abstracción a la espera de ser pensada de nuevo, alejada de la apariencia, que es el primer movimiento con el que, no percibiéndola, el pensamiento la fija en lo que sería ser y no llega a ser. Los sentidos alimentan su alteridad.

Todavía verdaderamente, el pensamiento no encuentra la naturaleza, porque la disualiza: no sabe pensarla, ya que no es el pensamiento que, libre de nombre y forma, puede destellar como luz íntima, o pensamiento creador, de lo que aparece petrificación. Pero es la petrificación la que, ya simplemente o pensada, comienza a resolverse, sólo para volver a caer, cada vez, en lo que aparece petrificado en la dualidad, no siendo consciente el pensamiento de su poder resolutivo: el poder íntimo del pensar, que entra en acción en lo libremente querido.

La naturaleza es la abstracción contingente al puro movimiento vivo que se aliena en ella, tendiendo a encontrarse a sí misma a través del hombre pensante. La forma en la que puede resolverse es aquella a través de la cual quisiera ser percibida con la fuerza-pensamiento, cada vez evocada y extinguida para ser sólo forma abstracta. Con esta fuerza-pensamiento, la unidad original del mundo tiende a aflorar en la conciencia humana, como un impulso más de la evolución: superación de la apariencia, de la forma abstracta, de la dualidad.

Esta síntesis es exigida al pensamiento, porque lo lleva en sí trascendente, continuamente en proceso de redimir el mundo según el Logos, pero continuamente impedido por la voluntad no libre, que interpenetra su forma reflejada, la dialéctica, la dualidad: normalmente es maniobrada por los poderes que se oponen al Logos apenas emergente en el pensamiento, pero dominando el mundo. El Logos domina el mundo, incluso cuando el mundo parece eludir su dominio.



Las entidades del mundo, los objetos, los hechos, los estados de ánimo, pueden verse no como entidades, objetos, estados, hechos, sino como aquello que debe estimular el pensamiento: para que el pensamiento sea él mismo en relación con ellos. Entonces se ven verdaderamente, porque se ve lo que empiezan a ser: otra cosa. Porque el pensamiento se expresa como su velo o vestidura o forma, de modo que se toman como reales; mientras que lo real sigue siendo nada.

En efecto, el pensamiento, al convertirse en una actividad representacional y conceptual, evoca un real para el que no proporciona la forma y que, al ser real sólo en la reflexividad, ya está desrealizado.

Los hechos y los estados de ánimo, una vez producidos, parecen irreversibles, ya que sólo son perceptibles en cuanto *deveniendo*, no *devenidos*. Pero la razón de ello es que uno no es capaz de captar y rastrear la corriente de pensamiento que les da un camino para acampar como hechos en la conciencia. El pensamiento, en efecto, es, a través de la contemplación, reversible: puede remontarse a su nacimiento. Es la actividad, la única; que puede conocerse a sí misma, su propio nacimiento.

Los objetos se dan para estimular el pensamiento, para que ascienda dentro de sí la corriente interior de cuya privación son el signo. No se dan para que el pensamiento se subordine a sí mismo y ascienda a una realidad que anhela y que se convierte en el fundamento de una cultura, de la que sólo el dolor y la muerte pueden mostrar la provisionalidad.

Las cosas, los hechos, los estados, son signos lógicos: pretextos para el pensamiento, que surge invisible: utilizado pero invisible, es más, pensable precisamente en tanto que invisible. Visto en las cosas, en los hechos, en los estados: en el pensamiento. No visto como pensamiento. Pero todo el juego es para esto: para que entre tanto en la experiencia que el hombre lo perciba objetivamente y, en consecuencia, remonte su flujo, hasta el punto de reconocerlo como aquello que tiene su fundamento en sí mismo. Y lo busca, porque la esencia a la que tiende, de las cosas y de sí mismo, es ese fundamento: lo que hace que el mundo sea uno.

El pensamiento debe atarse primero a ciertos contenidos, para expresarse en el plano de la experiencia sensorial, renunciando probadamente a ser lo que era antes de esto.

Su atadura es necesaria para la autoconciencia. En tales condiciones, no es el pensamiento el que media el mundo -como debería ser el caso-, sino el mundo no percibido en su devenir, que ya es pensamiento, el que realmente media el pensamiento: el pensamiento que aún tiene que ser conocido y a cuyo conocer el hombre se resiste con todos los pensamientos posibles, ligados al mundo, ligando el yo a la visión dual.

El verdadero pensamiento aún no ha sido pensado. Los hechos, las cosas, las emociones y los instintos no deben tener valor en la medida en que, al ser aprehendidos por el pensamiento, se convierten en la realidad que domina al hombre, sino en la medida en que el pensamiento puede contra ellos percibir su propio ser inalterable y volverse a través de ellos hacia su propia esencia: estimular la búsqueda de la que sustancialmente se entregan, anhelándola como su propia virtud integradora. La esencia es el yo.

Sólo el pensamiento puro puede asumir el sentimiento puro, que en los movimientos y estados instintivos de la mente se corrompe. De ahí que sea el principio de un amor que no se corrompe: que, sumergiéndose inalterado en el mundo de los sentidos, puede darse ilimitadamente a lo humano.

Las mociones instintivas y los estados de ánimo se dan no para sufrirlos, sino para provocar el pensamiento: ciertamente no el pensamiento dialéctico, sino el que llega a percibirse a sí mismo, llega a percibirse en su ser, que es, en estado puro, la sustancia de la vida en los alterados. Se entregan no para ser sufridos, sino para ser experimentados: para que el ego no los tenga como formas de su sujeción a la naturaleza, sino que implemente aquello de lo que son instigadores desde la radicalidad de la naturaleza. Piden al ego su autonomía, que es su autonomía, para poder expresarse libremente en el mundo, operando como fuerzas creadoras, ya no destructoras.

El pensamiento terso de dialéctica, en sí mismo vacío de pensamiento, es la luz ante el pensar del sentir y del querer, que devuelve el calor subterráneo de los instintos a la pura emanación del amor. Ante tal luz, todo percibir es santo: ser el alimento terrenal del espíritu.

El contenido sensible sólo se da para ser percibido, es decir, sólo para el que percibe. Pero el que percibe no es el ser corpóreo: es el Yo. En el Yo está el Logos.



27.

El pensamiento, reviviendo, viene a sorprender su propio movimiento inmediato en la forma en que se le da lo percibido. En efecto, la percepción surge en la medida en que ya ha asumido una forma, que es un encuentro inadvertido de la más pura actividad interior individual, o pensamiento pre-dialéctico, con el mundo. Este encuentro pertenece a la espontaneidad del ser natural del hombre, al punto actual de su evolución. Con respecto a él, se está dormido o soñando, porque sólo se capta su tangencia con la conciencia reflejada: como un hecho perceptivo, que tiene su propia objetividad: ficticio, porque se opone al pensamiento y está dominado por la correlación con los instintos.

Percibir es siempre para un sujeto: eso debe estar ahí, debe estar presente, si se quiere conocer el contenido del percibir por lo que es en esencia y no por la reacción subjetiva sintiente-racional al hecho sensorial. Es un contenido que nada tiene que ver con esta reacción, ni con el aparato fisiológico de los sentidos, cuya función es exclusivamente transmisora. De ahí que pueda decirse que pocos hombres tienen el hecho sensorial. Normalmente se percibe la propia reacción, no el objeto, que permanece desconocido: pensamiento limitador. Pero sólo el pensamiento puede ponerse un límite a sí mismo: que es el pensamiento inadvertido.

El experimentador puede captar el flujo secreto del pensamiento, antes de que se convierta en dialéctica, como una forma inmediata de percibir. Antes de que se traduzca en sensación, o en presentación y correlación mnémicas, capta el encuentro secreto de su propio ser con el ser del mundo. Lo cual es el verdadero sentido del percibir, en la medida en que no permanece como un hecho físico-psíquico, sino que es lo que se da al receptor. De lo contrario, no tiene sentido; como tampoco lo tiene la existencia: que se reduce a una persecución de lo que nunca se tiene en ningún punto, siendo en cada punto una sensación sorda de sí mismo, en lugar del contenido del mundo.

El mundo, no siendo pensamiento vivo, sólo puede aparecer, estimulando los órganos de los sentidos y haciéndose inmediatamente sensación de tal aparecer. Lo cual no es percepción del mundo, sino el ansia dominante del ego, correlación instintiva.

La percepción no es el objeto: es el comienzo de la síntesis, que no debe verse como el objeto en su finitud, o alteridad. La alteridad del objeto es ya el signo del pensamiento. Es el pensamiento del mundo que tiende a surgir en el hombre como pensamiento individual, siendo detenido en su síntesis inicial por la necesidad de la conciencia reflexiva de sentir a través de lo percibido, ignorando así el percibir: que sin embargo cree tener.

La percepción sólo puede ser el sujeto de la percepción, dándose cuenta, a través de ella, de su relación con el mundo: que es una relación incorpórea.

Para realizar el pensamiento del mundo, el pensamiento debe captarse a sí mismo allí donde comienza a ser vivo: en su primer ser-pensamiento, sin objeto, o en el percibir en

el que se hace forma de lo percibido. Debe captar este hacerse forma, para captar el ser del mundo como pensamiento vivo.

El percibir que no se proyecta en el alma como sensación-representación, o como pensamiento abstracto, es para un sujeto, que en sí mismo no tiene necesidad de sentir en lo percibido, vivir en el ser que es: ser que simultáneamente le llega a través del percibir como potencia más profunda del Logos.

El arte de la percepción pura es el pensamiento que se sumerge en el ser del mundo sin caer en la reflexividad: no es el pensamiento dialéctico, sino su pura vitalidad coincidente con la pura vitalidad de lo percibido. La resurrección de lo supersensible a partir de lo sensible: la nueva Eucaristía.

La percepción pura deja la devoción como una huella en el alma: el sentido de la verdadera relación del alma del hombre con el ser. No hay conocimiento verdadero que no conduzca a la devoción.

El pensamiento puro, presente en la percepción consciente, extrae su luz directamente de la luz del Logos, que opera en la estructura secreta de la Tierra, como el verdadero espíritu de la materia, el rayo oculto de la mineralidad.



28.

La naturaleza, los hechos, el devenir exterior, el propio devenir, dejan de ser lo que parecen ser y lo que nos determina, si se logra captar el pensamiento que se opone a la percepción que se tiene de ellos: pensamiento para el cual no son más que el medio de su manifestación inicial.

Que en cambio la concreción de aquellos va a aparecer: concreción ilusoria que enferma la psique humana, convirtiéndose en la materia normal de la cultura y de la historia. La objetividad inicial e inacabada de los fenómenos tiende, por continua contradicción interna, a indicar lo que, así inacabado, la hace operativa en la conciencia: el desconocimiento de la moción más profunda del pensamiento identificándose con lo que hay de más profundo en ellos, de modo que se cree tener que operar una síntesis dialéctica, para conocerlos, donde la síntesis ya existe. Ya ha comenzado, es precisamente esa objetividad: que nunca será objetividad hasta que no saber cómo comienza y dónde comienza la relación con ella: cómo, contemplada, es la propia contemplación en la que el que contempla capta su propio ser en el ser: por lo que la síntesis es continua. Contenido interior que el hombre puede restituir al mundo: sin el cual, el mundo está inevitablemente desprovisto de sentido: desprovisto de inspiración moral, a pesar de toda aspiración moral.

Ante el pensamiento vivo, la apariencia de la naturaleza, la historia y la subjetividad se extingue como apariencia, porque no tenía otro sentido. Vuelve a llenarse de la vida interior, de cuya privación es el signo: que normalmente se confunde con lo real.

Lo real puede ser conocido concretamente, en la medida en que el pensamiento percibe la forma con la que hace aparecer su ser y lo percibe como su propia actividad: en la que, sin embargo, se imprime el signo -la determinación de la forma- del ser que aún no es, pero que comienza a ser en el contacto o identidad inicial, por el que se da a sí mismo como forma.

La forma es el signo, o el símbolo, de un conocimiento detenido en su emergencia y, sin embargo, aceptado como algo realizado: por lo cual, en verdad, uno nunca tiene lo que cree tener, y avanza en el tiempo sediento de vida: que cree ser vida, pero es sólo la vida perseguida y nunca en ningún momento asida. Donde el pensamiento, reconociéndose en la determinación de la forma, y sin embargo liberándose, puede continuar el contacto con la esencia.

Esencia del pensamiento, que es simultáneamente esencia de la cosa, en la medida en que el pensamiento puede verse allí donde, por movimiento espontáneo, es idéntico a la cosa, ya como raíz ideal de ésta: resultante de la *percepción* y no de la *especulación*, aunque luego pueda expresarse en conceptos. Experiencia de la idea como contenido real, acontecimiento objetivo, que conecta la cosa con la realidad universal de la que procede. Es la realidad la que, afluyendo al alma, se convierte en fuerza de inspiración moral, no en cuanto presupone una moral, sino en cuanto, como pensamiento imbuido

de voluntad pura, puede llegar hasta los entes del mundo, asumiendo sus intenciones originarias, de las que son símbolos: para traducirlas en fuerzas de ulterior evolución. Nada está separado del centro del pensamiento del mundo, del Logos: corresponde al hombre realizar la reunificación de lo que en la tierra aparece dividido y múltiple, con su fuente trascendente. La redención de la multiplicidad es, en efecto, la trascendencia del pensamiento: realizada.



29.

El mundo se hace verdadero si, como objetividad abstracta, pierde consistencia, ante la consistencia del pensamiento, que es el único que ha podido hacer de la exterioridad provisional de aquello su concreción: lo que en efecto nunca ha hecho. Nadie ha podido jamás retener una sensación o un sentimiento, en cada punto pasan a lo que se busca en el instante siguiente, idéntico, como privación, al antecedente. El anhelo, de hecho, tiene su raíz en el pensamiento reflejado.

Es objetividad, o concreción, transitoria, porque está relacionada con lo transitorio, como reflejo, como pensamiento: concreción, sin embargo, de algo que está realmente ahí, no representación o construcción subjetiva del pensamiento: algo que los sentidos perciben realmente, pero sin que sea aparente como surgido de lo imperceptible, siendo lo perceptible algo únicamente para la conciencia inherente a ello. Límite reconocible como límite del pensamiento, exigiendo su liberación.

No es, pues, el mundo, sino lo que de él, por vía de percepción, se detiene en formas revestidas de pensamiento inmediato, lo que debe confundirse con el mundo, para que el hombre, cada vez atraído y decepcionado por ellas, a través de la contradicción y el dolor, busque el verdadero pensamiento: que rectifica la visión. Una visión, por el momento, de una terrenalidad abstracta, que se quisiera consagrar mediante un progreso mecánico y abstracto, la muerte definitiva del pensamiento: sobre la que se puede comprender el sentido de la admonición: "Mi reino no es de este mundo". Es decir, de un mundo en el que uno es incapaz de percibir aquello que tiene el poder de hacer que su irrealdad parezca real: el principio de su realidad, exigiendo la redención del pensamiento, el descubrimiento de la trascendencia del pensamiento resolviendo la apariencia.

La *animadversión* de la trascendencia, sin embargo, es un don, o una "transmisión", que hay que repartir.



30.

El pensamiento puede conocerse como el movimiento por el cual el mundo exterior y el mundo interior adquieren forma en la conciencia: una forma apenas esbozada, provisional, para la vida provisional del yo reflejado. Tal movimiento no consiste en realidad en hacer aparecer la vida al ego, sino en que el principio ego reaccione ante esta aparición, reflejando en ella su limitación, primero mediante el pensamiento burdo provocado por los hechos, sin el cual el hombre común no sabría pensar, luego mediante conceptos y conexiones lógicas relativas a los hechos -que es el grado de la ciencia-, finalmente mediante el pensamiento que se capta a sí mismo operando la síntesis de los conceptos: la experiencia lo que conecta un concepto con otro, la esencia idéntica en cada concepto, el secreto del poder del mundo.

Por lo tanto, ese movimiento es sólo para preparar el camino para el Ser verdadero del pensamiento, este aún desconocido.

Enajenándose continuamente como forma de esa apariencia y dialectizando la apariencia de la alteridad, es decir, **de lo que se asume como contenido objetivo**. Contenido sensible al que el pensamiento da forma de realidad, comenzando así a manifestar su Ser: **que sin embargo se enajena al revestir ese contenido**, confundiéndose con el mundo objetivo, cuando no sería nada sin esa forma, principio de la verdadera objetividad. El poder de la forma debe experimentarse como el comienzo del verdadero contenido: **la trascendencia visible**.

Es necesario despertar en uno mismo tanto pensamiento hasta que se pueda percibir la **trascendencia visible**. La *materia*, en efecto, por mucho que se crea poder penetrar físicamente en ella, es siempre estructura interna, forma, es decir, cada vez una relación de pensamiento entre datos perceptivos. Es apariencia para el hombre que no puede captar aquello que quiere aparecer, manifestarse que lo detiene en su emergencia inmediata. Es sólo para el hombre: el aparecer que sólo a causa del pensar grosero puede verse como objetividad en sí concluida, tomando como sustancia básica del mundo algo llamado materia, que como sustancia básica no está en ninguna parte y cada vez se da como forma percibida y siempre como forma semejante, cualquiera que sea la penetración de aquélla. Contenido por lo tanto eficaz sólo en su función instrumental y penetrable a través de esta función provisional por el pensamiento que, para serlo, no lo necesita: en la medida, sin embargo, en que ha podido abrirse camino mentalmente a través de él. El contenido vital trascendente de la forma sensible del mundo fluye y muere en cada pensamiento, todavía no supuesto.

En el pensar, que se extingue al convertirse en pensamiento reflejado, se da la posibilidad continua de la vida: aquella que, desconocida, anima la corporeidad y fluye como fuerza de movimiento de los miembros, de modo que el hombre nunca opera ni se mueve en una fuerza en la que se articula directamente, como en el pensar o en el imaginar, aunque sea reflejado. El hábito del pensamiento reflejado le priva de la posibilidad de concebir que puede articularse en el pensamiento como en una fuerza vital, o en una voluntad motriz que procede directamente del cosmos, que sólo puede

ser encontrado por el pensamiento trascendente, porque está dotado de toda fuerza vital.

Es la reflexividad, por la que las inclinaciones y las emociones no son objetivamente perceptibles: pueden envolver al alma en la medida en que están dotadas de un pensamiento inconsciente, a-dialéctico, a través del cual se manifiestan, invirtiendo el orden del pensamiento, ya que éste, desprovisto de vida, no puede pensarlas. Y ésta sería la tarea del pensamiento: aprehenderlos para transformándolos en su vida, entregándose por ella.

El pensamiento a-dialéctico sustraído a ellas cobra vida con la *vis de la* naturaleza alterada, dando la sensación de una vitalidad que nunca es real, porque se persigue en su contradicción del fundamento. Sólo el pensamiento irreflexivo podría pensar las inclinaciones y las emociones: es decir, llenarlas de la luz de la que están disminuidas. Se presentarían a tal pensamiento como la sustancia de una síntesis viva nunca completada: como un objeto verdadero, no como lo que es en cuanto que ya ha captado la conciencia y tiende a operar por ella: como una síntesis de la luz original, o Logos.

El ser del pensamiento, allí donde puede dirigirse al mundo, ya no como pensamiento impreso por el mundo, lleva a término la síntesis apenas obtusamente esbozada en la experiencia ordinaria.

Los instintos y las emociones, en su alteridad transitoria, pertenecen al mundo: son la naturaleza, en la que el hombre está pasivamente inmerso y que debe resolver en vida interior, conocimiento según el Logos ego.

El conocedor no puede tener ante sí nada que no sea conocible. Lo que está ante él puede estar ante él porque ya es conocimiento: aunque no se sienta.

Estar ahí presupone saber.

Estar ahí ya es pensar.

Sólo un pensamiento incapaz de autoconciencia puede presuponer el ser al conocer, es decir, oponer el producto del pensamiento al pensamiento, la lógica *al Logos*.

En el pensamiento verdadero, o vivo, el hombre vive inmanentemente la trascendencia del todo. Este es el secreto del pensamiento, que uno lleva consigo, sin saberlo, aunque conozca las leyes de su dialéctica.

Verdaderamente, en el pensamiento puro se encarna cada vez la corriente del futuro de la evolución humana, independiente del *karma*. Prepara la Tierra futura, la Tierra que ya amanece secretamente: viva con la luz etérica del pensamiento que se libera de su condición de "semblanza" dialéctica.

31.

Los hechos del mundo, las sensaciones agradables o dolorosas, los acontecimientos emotivo-rationales, no exigen del hombre que constituyan la vida del alma, sino que exigen por su razón de ser que esta vida, a través de su conocer, retorne a sí misma, para que finalmente los viva y al experimentarlos los reconduzca a su principio: que es su principio.

No piden el engaño doloroso o placentero en su facticidad, sino que exigen que el hombre, reconociendo el poder por el que aparecen o se presentan como suyos, conozca este poder como el primero en penetrar en ellos y al mismo tiempo como la fuerza liberadora del encantamiento por el que se ata a ellos: en tanto que aparecen.

Son letras de una lengua que hay que conocer más allá del momento en que la forma de las letras constituye el problema del conocimiento, o el drama estéril de la penetración intelectual, psicológica, de su sentido: que no es su singularidad, ni su mecánica yuxtaposición, sino la síntesis por la que el ser del pensamiento que se fragmenta y se recluye temporalmente en ellos puede convertirse en la experiencia del Yo inmanente: que precisamente por lógica íntima debe apelar a la correlación de la que se presentan como signos. Los acontecimientos externos e internos que tejen la vida del hombre en la medida en que éste les da el ropaje del pensamiento, no tienen realidad sino como estímulos del pensamiento que, determinándose a través de ellos, sólo por ese medio puede empezar a conocer. Este es el límite de la reflexividad, al que ha sido conducido: cuya superación es el principio de la libertad.

La libertad ante tal superación es la libertad del egoísmo.

El pensamiento reflexivo es aquel que, aunque es capaz de pensarlo todo, como pensamiento pensante, aún no tiene el poder de liberar al hombre de la naturaleza, de modo que ésta sea finalmente conocida. La naturaleza es la naturaleza falsa o inferior, precisamente porque no se la conoce, de modo que se sufre la propia inherencia inconsciente y el sometimiento a ella. Es la inherencia necesaria al pensamiento, para ser pensamiento ordinario, o reflexión: cuya virtud íntima, sin embargo, es la que puede superar y redimir a la naturaleza, en la medida en que llega a conocerse a sí misma como potencia que preexiste a la naturaleza.



32.

La naturaleza domina al hombre, incluso como naturaleza espiritual, en el sentido de que todavía no es un ser pensante según el pensamiento que es, sino según el pensamiento que no es.

Al negarse a sí mismo como pensamiento, es decir, como forma de su propio ser, el pensamiento se aliena para revestir la experiencia: que se mira como realidad, mientras que el darse -como hemos visto- es sólo el comienzo de una experiencia más amplia. En su forma inicial, sólo se da para estimular el pensamiento y hacerlo experiencia: la cual, experimentada en sí misma, puede conducir a su propio ser objetivo, íntimo del hombre y del mundo. Este ser es lo que verdaderamente penetra en la naturaleza.

Privado del encuentro con el pensamiento verdadero, el mundo no es, y su no-ser es el aparecer que se confunde con el ser: aparecer cuyo tejido formal, sin embargo, es el pensamiento que no sabe que fluye predialécticamente en tal forma. Puede conocerlo si actúa como pensamiento positivo, en la medida en que está libre de los sentidos, o se percibe a sí mismo, libre por tanto de los sentidos, en la "percepción pura": como forma de lo dado.

La experiencia del pensamiento vivo es la posibilidad del racionalismo vivida hasta sus últimas instancias, es decir, hasta el agotamiento de su reflexividad: una posibilidad que puede realizarse no mediante la evolución natural, sino mediante el florecimiento consciente del elemento de libertad y voluntad inherente a la racionalidad.

La racionalidad misma, si es conocida en su proceso objetivo, y si un aspecto de ese proceso no está opuesto a otro, conduce a aquello para lo que está dada: a su propia extinción: es decir, al umbral del pensamiento vivo.

De ahí que toda lógica que se erija en condición de conocimiento, renunciando a la conciencia del principio del que extrae su estructura formal, cristaliza de hecho la reflexividad en esa estructura, sin esperanza de redimirla. Hace de la analítica de la apariencia una metafísica: discursividad matemática o mecánicamente organizada, a la que el pensamiento se remite de una vez por todas: dejar de pensar.



Proyectadas las tradiciones, fijadas las normas, iniciada la cultura del pensamiento reflexivo, cuyo desarrollo no es otra cosa que la progresión mecánica de la reflexividad, idéntica en cada punto, y, en la línea de esta abstracción, orientada hacia sus consecuencias, la ciencia de lo mensurable, que incluso fabula conquistas cósmicas, privada de la conciencia de sus propios límites - que no pueden ser resueltos por la posibilidad de pasar más rápidamente de un punto físico a otro, cada punto a ese grado de valer el otro, ni por hechos atómicos que, asumidos absolutos como hechos, se convierten en mitos, tendiendo también a sustituir el acto interior - el movimiento del espíritu como presencia de aquello que, en su absoluta independencia, sostiene la concreción del mundo parece ahora excluido e inconcebible.

El espíritu mismo, del que hablan las doctrinas que ignoran su dependencia del pensamiento reflejado, se convierte en una abstracción: valer como cualquier imagen tomada del mundo sensible.

El reino de los hechos y de los hechos que se han convertido en mitos, y de los mitos que dominan la cultura, no puede ser desencantado más que por un pensamiento que, por una íntima necesidad lógica, se dé cuenta plenamente de su propio movimiento, hasta el punto de recurrir a la fuente de su poder. Este es el verdadero positivismo.

La inalterabilidad de esta fuerza, que fluye no como pensamiento ya impreso por los sentidos, sino como pensamiento puro, se convierte, entre otras cosas, en la posibilidad de reconocer la forma de los hechos, de los mitos, de la cultura, como su movimiento inconsciente: ser resumido como tal. Sólo como aquello que está verdaderamente vivo: en lo que el ser del hombre y el ser del mundo comienzan a coincidir.

La experiencia suprasensible no elimina la experiencia ordinaria, al contrario, la exige como material de la obra: necesaria para el elemento interior que, liberándose, percibe a través de ella la alteridad más profunda y, por tanto, el sentido de la existencia.

La naturaleza es necesaria para que la sobrenaturaleza se reconozca a sí misma; pero en la medida en que se da ese autorreconocimiento, la naturaleza deja de ser mera apariencia. Su apariencia cada vez puede ser umbral de la experiencia suprasensible, y significativa sólo para ella.

Los pensamientos no son para las cosas, sino para la individuación de un pensar que es su sustancia originaria: una sustancia que, si se expresara directamente, no podría sino desencantar los hechos y los mitos: los cuales, válidos sólo como motivos de reflexividad y de alteridad ficticia, ya no serían necesarios en la forma en que ahora se dan: de ahí que cambiaría la perspectiva del mundo. Pero es la experiencia lo que espera al hombre: el sentido de estar vivo, o libre, en el mundo, realizadores del Logos del mundo.

34.

Al menos una pequeña minoría de ascetas debería llegar hoy a pensar todo el pensamiento: no en la extensión indefinida propia de su apariencia reflejada, sino en el movimiento íntimo del que surge.

Es la tarea de concentración ejercida según la pura moción del pensamiento, que ya en la rigurosa racionalidad propia de la ciencia moderna manifiesta una necesidad de autonomía respecto a las inercias o influencias psíquicas: autonomía, que es la educación inicial del pensamiento, donde el objeto es visto no como un fin, sino como un medio para la expresión del pensamiento. Tal debía ser, por lo demás, el sentido de la ciencia moderna: no el surgimiento de un cientificismo que implicase, en última instancia, la eliminación del motor principal del pensamiento y, por tanto, un uso saludable de la tecnología.

La concentración es verdadera cuando se ajusta al canon mismo del pensamiento percibido desde la esencia, y no cuando es la expresión de doctrinas del pasado que, proponiendo al pensamiento objetos espirituales específicos y desviándolo de su propia inmanencia pura -método que antaño tuvo su razón de ser-, se presentan hoy como cánones del pensamiento, es decir, de un contentismo metafísico que paraliza la *dynamis* real del espíritu.

A causa de un determinado pensamiento, uno se abre a la fuerza que proviene de pensarlo, gracias a la intensidad y continuidad con que se dedica a él, aunque sea por poco tiempo cada vez. Hay que pensarlo con las fuerzas que provienen del propio pensamiento interior, no de la tensión psicofísica. No hay que pensar con el ser que se es, sino con el pensamiento que es uno mismo.

El tema, al no tener valor en sí mismo, sino sólo como medio para la activación del pensamiento, es cualquier tema, signo o punto de partida del pensamiento ordinario: un punto a través del cual se vuelve a entrar en el Infinito. La forma del tema es el pensamiento que ahora se piensa, no en la medida en que es esa forma particular, sino en la medida en que es el pensamiento que puede experimentarse inmediatamente a través de ella. La actitud de concentración responde, en efecto, a la relación que el Ego en esencia tiene con el pensamiento.

La idea de que no ha sido jamás pensado: de modo que la vida se experimenta finalmente, no de ciertos objetos en forma de pensamiento y por tanto no concretamente tenidos como objetos ni como pensamientos, sino del pensar mismo no ligado a ningún objeto: sin nombre ni forma. Sólo este pensar puede poner en práctica la comunión radical con los objetos del mundo y convertirse en la forma de contenidos experimentables como tales: de su fundamento, o tejido arquetípico.

Es el pensamiento el que puede pensar la realidad, porque ella en sí misma es su esencia. Debe experimentarse a sí mismo como esencial y objetivo para que el mundo sea esencial y objetivo: para realizar su ser uno con el mundo. La objetividad

completamente experimentada es la subjetividad completamente experimentada: la oposición entre ambas es siempre la situación del pensamiento reflejado. La oposición entre ellas es siempre la situación del pensamiento reflejado, que sólo se da para reconducirse a su origen, no para fijarse dialécticamente en la forma primitiva de su surgimiento, impuesta por los sentidos.

La experiencia sensorial es el umbral de una vida que se deja conjeturar, pero no captar, por el pensamiento que la detiene en la primera forma de su manifestación, asumiendo esa forma como vida -perseguida y siempre esquiva en las percepciones sensoriales- e ignorándose a sí misma se activa en tales suposiciones y suposiciones. De ahí que uno se engañe a sí mismo viviendo en todo aquello en lo que se niega la vida en la verdad.

Pero allí donde la negación se conoce como tal, el conocer que surge como posibilidad de ser más allá de la aniquilación, es el comienzo de la vida anhelada: es el pensar que finalmente piensa en virtud de su ser, no de su no-ser. Su no-ser extinguido, o negado, en virtud de una voluntad que cobra vida como pensamiento, es el comienzo de su ser.

Es la vida que uno tiende obtusamente a tener, sin darse cuenta de que persigue una imagen, que no se percibe como imagen, y que por tanto nunca se tiene, sustrayéndose a cada instante a la reflexividad. De ahí que uno crea que la va a captar en el momento siguiente.

Este pensamiento no es el pensamiento que surge como coronación de una argumentación lógico-filosófica o del cultivo del conocimiento espiritualista como noble marco del propio yo, sino el pensamiento que exige la dedicación al misterio del que brota: una dedicación a la que debe poder conducir cualquier lógica que no sea un error del pensamiento. Exige la penetración del secreto por el que en esencia es la luz inherente a la percepción sensorial: luz que es asimismo la sustancia de las ideas creadoras, de los arquetipos.

La luz del pensamiento devuelve el amor al mundo: su tejido es calor en el que se transmutan los instintos, volviendo a fuerzas superiores del espíritu porque es el calor cuya pureza y vitalidad trascendente habían perdido. A través de la luz del pensamiento, el calor de los instintos vuelve a la fuerza del amor.

El sentido último de la trascendencia del pensamiento, captado en su inmanencia cotidiana, es la revelación de su poder para resolver los instintos, para transformar el mal en bien, para disolver las tinieblas de la psique humana, para volver a convertirlas en luz: en definitiva, el poder del amor, reconocible en la encarnación de la trascendencia del pensamiento, como encarnación del Logos.



Este pensamiento es el pensamiento que sabe quererse, sin quererse en el cuerpo; que sabe estirarse sin estirar la corporeidad; que realiza su propio ser, dejando el ser físico-psíquico intacto y comprometido con él. Este es su arte.

Es el pensamiento que exige su propia extinción en la medida en que está mediado por la corporeidad; que surge de haber silenciado el percibir, el querer, el sentir, y de haber extinguido el movimiento mismo de su propio silenciamiento: surgiendo como surge de la muerte de todo lo que no es. Pensamiento puro, florecimiento de una vida que es el ser que está en las profundidades y que no se deja asir en la existencia ordinaria: el ser que está después de la muerte, porque está en el origen de la vida.

Es el pensamiento que surge cuando, por medio de la meditación, uno deja atrás el ser que habitualmente es, el alma-cuerpo que espontáneamente se absorbe en su propia sabiduría original mientras, como un sol se eleva. Tiene en sí toda la sabiduría y, por lo tanto, todo el amor, de modo que puede darse como calor incorpóreo a otros seres y fluir en el mundo. Siendo uno con la voluntad pura y el sentimiento puro, es la única fuerza que puede operar como amor. No hay odio, ni pena, ni humor, que puedan subsistir ante ella. Su presencia no implica lucha: lo es todo.

El pensamiento reflejado, fragmentario en la serie de temas, notas y motivos que tejen la vida ordinaria, cada vez moribundo en su luz original, retorna ahora como síntesis de la serie reflejada y fragmentada, pensamiento-luz que tiene en sí mismo todos los momentos de su ser reflejado como pensamiento pensante: el valor inequívoco e intemporal de la experiencia sensible. Que por ahora los hombres sólo pueden conocer abandonando el escenario de la vida: pero pueden conocer en la vida misma, si se atreven a experimentar el sentido último del conocer.

Este pensamiento vivo, de hecho, en su devenir individual, es amor que fluye de vuelta desde su fuente original. El amor que el hombre aún no conoce y que, sin embargo, es el poder mismo del conocimiento. Por lo general, en todo conocimiento destella, sin ser reconocido, como la vida inicial del ego en la Tierra.



36.

Este pensar en realidad ya no puede ser pensado. Ya no necesita ser pensado, porque no tiene nada más que pensar en el sentido de la reflexividad, siendo toda reflexión el mismo movimiento sin vida: ya agotado.

Lo que es pensamiento-síntesis, o el momento pensante, está ante él como su objeto, el cual, en la medida en que ya es pensado, no exige todavía ser pensado, sino percibido, o contemplado, como exige la objetividad externa de los sentidos. La concentración se convierte en contemplación, y la contemplación da la visión inequívoca de la existencia.

Ser libre es esto: no estar a merced de esa resonancia de exterioridad en el alma, por la que el pensamiento se convierte normalmente en el vehículo de la apariencia; sino *eo ipso* poder percibir esta resonancia, que nunca se percibe realmente porque invade el alma. Independientemente del pensamiento reflejado, uno es independiente de la corporeidad, que se deshace y vuelve a la espontaneidad pura: se está en la calma ilimitada, fundamento de la contemplación y principio inmóvil de la acción. En la percepción sensorial, uno capta el pensamiento que opera en la estructura íntima del mundo. No afectado por lo sensible, uno contempla su secreto: que es moverse desde su esencia. La esencia de lo sensible emerge en el mundo como pensamiento: el hombre debe adquirir conciencia de ello, para que el acontecimiento se realice simultáneamente en los tres mundos: físico, anímico, espiritual, moviéndose realmente a partir de éste.

El acontecimiento es nuevo en el mundo, pero lo exige la propia lógica de su devenir.

En el pensamiento habitual, el hombre asume los principios de los fenómenos en pensamientos: llega a pensar esencias reflexivamente. Son las leyes abstractas de un mundo que se le presenta desde fuera ya hecho. Pero allí donde, por determinación consciente, llega a tener por objeto la idea, es simultáneamente uno con un mundo en el que las esencias son fuerzas creadoras: un acontecimiento que no puede producirse mientras la identificación con el pensamiento reflejado imponga las leyes abstractas de la naturaleza como principios reales de la misma.

Cuando el experimentador tiene como objeto la idea, se encuentra ante una percepción que no necesita más pensamiento, en la medida en que no tiene que significar algo, siendo este significado allí pre-ensayado y en sí mismo realizado y vivo, a causa del acto meditante. Está ante lo que debe desvelar u otorgar su trascendencia.

La percepción contempla ahora al pensamiento, por lo que la percepción es el hallazgo inicial del pensamiento en su propia actividad original, es decir, en su propia trascendencia, gozando ahora del don de su inmanencia.

El experimentador viene a vivir en el reino destemplado de esa esencia que buscó inútilmente, porque reflexiva o abstractamente, en los fenómenos. Viene a vivir en ese

pensamiento trascendente que, habiendo pensado el mundo, continúa pensándolo allí donde el pensamiento reflejado supone la vida.

Es el pensamiento el que ordinariamente hace vivo el umbral de la conciencia y tiende a ir tan vivo hacia el ser, pero muere en cambio en los pensamientos personales. También desemboca en el percibir, animándolo con su vida, idéntica a la del contenido del mundo, de modo que el percibir suele darse como una síntesis inicial, inmediatamente desbordada por sensaciones y representaciones, necesarias para la conciencia reflejada. Percibir, por tanto, no se conoce por aquello que en sí mismo lleva vida: que, como tal, es supersensible.

Ahora bien, este pensamiento es simultáneamente percepción: cuya fuerza vital no decae en representaciones o sensaciones o pensamientos, siendo todo lo pensable percepción y exigiendo la percepción no más pensamiento, sino presencia del yo a ello, o contemplación.

La síntesis exigida por la alteridad del mundo se realiza en el secreto del alma del que contempla: es la visión de la esencia que opera en la base de la realidad, pero al mismo tiempo el comienzo de su nueva acción en ésta. En la percepción sensorial, no interviniendo con las mociones de la conciencia reflejada, sorprende al espíritu que opera a través de los entes. Pero por ello es uno con él.

El espíritu no puede percibir ese espíritu: conoce en la medida en que es lo que conoce. Percibir esta identidad, sin embargo, es el principio de su vivir. La identidad no percibida es el límite de la mística, de la filosofía, de la ciencia. La identidad es trascendencia coincidente con inmanencia, en virtud del Logos unificador de lo Divino con lo humano.



37.

La ascesis que proponemos no es para anular el ser en el pensamiento, que en ese caso se anularía él mismo, sino para redescubrir ese pensamiento poderoso primordial, que es verdadero, en la medida en que piensa el mundo y simultáneamente piensa en el hombre: que ordinariamente, al hacerlo suyo, lo priva de la vida. En efecto, él mismo separa el pensamiento del mundo, tratando de reconstruir el mundo para sí por medio de ese pensamiento: abstraído del objeto, porque abstraído de su fuente. Normalmente el hombre no piensa, porque su pensamiento está muerto.

Este pensamiento, resucitando como el hombre decide, se reúne con el mundo, del que es el tejido interior: sin el cual, el mundo es no-verdad: que se consagra como verdad, a través de la ciencia y la cultura. La naturaleza que el hombre conoce nace de haberle arrebatado la sobrenaturaleza: la sobrenaturaleza se restituye al mundo en formas vivas de pensamiento, en el que desemboca el espíritu. De la cáscara rota de la racionalidad se libera la vida original: resurge de la muerte.

Pensar es el camino, en cada momento posible, hacia la transparencia del alma y la libertad redentora. Es la virtud que sana al hombre y al mundo. En todo momento, el pensamiento vivo, aunque sea por raros ascetas, puede dar claridad y despliegue positivo a la experiencia humana. Muy pocos bastan para trabajar por toda la comunidad, porque un pensamiento único desemboca en el pensamiento de los muchos: la trascendencia se hace inmanente allí donde el pensamiento realiza el poder de la Resurrección. Verdaderamente tal pensamiento vence a la muerte.

El pensamiento vivo es una altura ilimitada a la que todo ser pensante puede elevarse, en la medida en que pretenda conocer lo que le hace pensar, es decir, el pensamiento en su realidad y no sólo en las formas reflejadas con las que se conforma temporalmente a la experiencia sensible.

Es la altura ilimitada que el hombre puede conocer en todo momento como el mundo de su libertad, a través del cual sólo él se encuentra objetivamente con los demás seres y con el mundo. De ahí que sea el principio de estar vivo entre los demás y en el mundo.

El pensamiento muerto puede resucitar. El hombre puede alojar en ella al Logos, presente en todo caso en todo pensamiento: negado, extinguido, pero por eso mismo presente: continuamente resucitado, atestiguando la Resurrección, a nivel de la conciencia y de la voluntad minerales: atestiguando la trascendencia redescubierta en la inmanencia.

El pensamiento es puro en sí mismo, como la luz pura que normalmente se extingue en el pensamiento, muriendo cada vez en la dialéctica, en la lógica. En efecto, ha llegado la hora de que resucite según su propio ser puro, es decir, según su verdad, o potencia: que es la lógica del Logos, capaz de expresarse también como determinación dialéctica: pues no hay nada de lo humano que El no deba regenerar.

38.

Sólo el hombre puede transformar las percepciones y sensaciones del mundo, que en otros seres, como en los primitivos, se bastan a sí mismas, en pensamientos. Sólo el hombre puede orientar su propia naturaleza, que en otros seres es orientadora. La orienta mediante el pensamiento. Y puede, mediante la captación del pensamiento, implementar la sobrenaturaleza en la naturaleza.

La misma fuerza suprasensible que "desde fuera" comprime y encoge el mineral en la fisicalidad, en la planta entra en la fisicalidad y opera allí como fuerza estructurante, mientras que en el animal se presenta como movilidad coincidente con el movimiento de los instintos; en el hombre puede empezar a manifestarse directamente: como pensamiento. La fuerza modeladora de la naturaleza ha concluido su trabajo, conduciendo la estructura del hombre hacia la forma que puede expresar su ser espiritual. Ahora la tarea es del hombre, ya no de la naturaleza.

En los reinos de la naturaleza, el espíritu es impulsado a edificar la vida: en el hombre, que, como ser físico-vital, resume los reinos de la naturaleza, la vida, edificada, puede convertirse en vehículo del espíritu. Tal es el sentido de la vida, más que su expresión a través de lo espiritual.

La expresión del espíritu a través del hombre, en cuanto depende de la naturaleza corporal, no es todavía su verdadero ser: como hemos visto. La naturaleza corporal era la portadora del espíritu en el mundo antiguo, cuando el espíritu operaba inmediatamente sobre ella, para hacer de ella el vehículo de su individualización. En efecto, en el mundo antiguo, el hombre consciente de sí mismo aún no había nacido.

Quien comprenda cómo el espíritu operando en la naturaleza, finalmente en el hombre pensante se capta a sí mismo, por medio de un sistema nervioso cuya estructura es el cumplimiento de su largo trabajo formativo, podrá comprender cuál es el sentido del ascetismo que proponemos. El cerebro no es el órgano pensante de la vida corpórea, sino el órgano que el espíritu ha formado para expresarse conscientemente a través de la vida corpórea. Su primera expresión es el pensamiento. Pues sólo el hombre puede asumir la naturaleza en el pensamiento, que se da exclusivamente a través de las sensaciones. Éstas no significarían nada, ni llegarían a ser sentimiento, sin el pensamiento.

La realización del poderoso principio, que hasta ahora ha operado hasta el punto de expresarse, como pensamiento, no puede ser movimiento de la naturaleza o movimiento mecánico, sino de aquello que es independiente de la naturaleza en el hombre. El elemento de libertad inherente al pensamiento es el florecimiento consciente del espíritu en la condición humana.

Lo que puede elevarse de la naturaleza al espíritu es siempre elevado por el pensamiento: que comienza por penetrarlo. No hay sentimiento que se eleve de la limitación corporal a las alturas de la devoción y el amor, si no es estimulado en esencia

por el pensamiento. En verdad, no hay sentimiento que no sea la vestidura de luz y calor de un pensamiento. Pero todo pensamiento que cobra vida según la fuerza de la que brota, está revestido de tal calor y luz. No puede haber sentimiento sino por la conciencia que de él tiene el sujeto que lo experimenta: tanto más amplia, cuanto más puede abrirse a él la conciencia. Conciencia cuyo tejido, en realidad, es puro pensamiento.

Quien busca las raíces vivas del pensamiento, encuentra lo Divino: el verdadero camino de la meditación, o de la oración. En verdad, la ascesis más real, por ser la más nueva, por ser la más antigua, pasa por el pensamiento. Un asceta que no puede ver esto es un asceta que duerme.



Hemos mostrado cómo la esperanza más elevada del hombre es merecer realizar la luz del pensamiento como luz perceptible en su no reflejo todavía, en la medida en que no toma como luz su reflejo, o pensamiento ordinario. Este es el movimiento ulterior de la evolución del hombre, por el que debería trabajar al menos una minoría de ascetas. De ellos procede la transmisión de la virtud del pensamiento vivo, que el Mundo Espiritual ha encendido en ellos.

Por último, hay que comprender que ningún pensamiento es válido si no es por el pensamiento originario que en él se encierra y altera; ni hay pensamiento alguno que, en su nacimiento, no se remita a este pensamiento, en cuanto al ser del cual es la negación provisional. De ahí que la extinción consciente de un pensamiento dado, como auténtica y no dialéctica negación de la negación, sea la posibilidad del verdadero ser del pensamiento: para cuyo surgimiento, sólo la experiencia de la pensó ella misma.

Pero no se trata de una operación filosófica. Este tratado ha tratado particularmente de esclarecer cómo la experiencia a la que alude no puede ser la especulación, sino el agotamiento de la misma, en la medida en que se posee el proceso por el que se da lo especular. Es la necesidad de concentración, o el retorno a la meditación, en cuanto a una operación que urge la historia del hombre, siendo el alimento interior que una vez le fue otorgado y administrado y que ahora debe procurarse por sí mismo, por determinación íntima, o libertad.

Hay que superar el malentendido de reducir toda necesidad interior a la filosofía religiosa o teórica o psicológica. La acción interior a la que se alude no es ni filosófica ni mística, sino la acción de aquello en lo que el hombre puede finalmente ser únicamente operativo: el pensamiento como pensamiento-fuerza. No hay sentimiento ni voluntad que se den sin el movimiento estructurante del pensamiento. Pero el pensamiento, dejando de ser reflexión o especulación, en la medida en que las posee y agota, se realiza en esencia, uno con el sentir y el querer. Aquí acoge al Logos que lo hace viviente: realiza su trascendencia.

En realidad, el pensamiento es la trascendencia que, por un prodigio continuo del alma pensante, se da a lo humano, pero escapa a la conciencia reflejo, en virtud de un oscurecimiento, o de un sutil proceso de muerte en el órgano cerebral.

La trascendencia debe ser realizada: si el hombre ha de nacer realmente y no su caricatura. El pensamiento debe ser pensado, hasta el punto de poder ser contemplado como síntesis del continuo nacer en el alma: porque este contemplar es la apertura del alma a lo espiritual que fluye en lo humano: no por desprendimiento de lo humano, como en el mundo tradicional, sino penetrando en lo humano hasta su esencia. Que es el sentido último del pensamiento y de la individualización del hombre. El pensamiento, en verdad, descansa en el Logos: debe merecer expresar al Logos.

Fuera de tal posibilidad, hay que reconocer que no hay pensamiento que piense verdaderamente, salvo como intuición filosófica de algo que, sin embargo, no existe, porque siempre está extinguido por su objeto y nunca puede ser captado en sí mismo. Sólo se puede aludir a él como el pensamiento que en un momento dado piensa un objeto, siendo el objeto en su determinación el sentido último del pensamiento, o la parálisis de su ser.

El sentido último del pensamiento, por otra parte -como hemos visto- es el pensamiento mismo que, libre de sus determinaciones, sin embargo contingente, revela su ser cósmico, al extraerse de su infinitud: como fundamento. El único experimentador: como trascendencia inmanente.

Es la luz del Logos, que el hombre, lo sepa o no, busca: para que la vida sea finalmente vida y no la lógica de la muerte. La muerte continua del pensamiento reclama hoy intensamente la resurrección desde la esencia del alma, como restitución de la vida de la que brota continuamente, sin saberlo: porque esta resurrección se realiza ya en el corazón humano. Santos de todas las partes de la tierra han dado testimonio de ello. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento de la resurrección consciente. Lo mental no debe evitarse, sino transformarse. A estas alturas, el "yo" que el hombre pretende ser, no puede ser el "yo" sino en el pensamiento vivo.



Anexo

LA CONCENTRACIÓN INTERIOR

El pensamiento es el vehículo inmediato del Yo, lo inmediato puro, pero como tal desconocido por el hombre común, quien, como mucho, lo reconoce filosóficamente como mediación.

El mayor maestro moderno del pensamiento, Rudolf Steiner, no deja de considerar como fundamental para la realización interior la disciplina liberadora, o transformadora, o la ascética, del pensamiento puro, en definitiva, la concentración. Cualquier tipo de concentración es en sí misma una operación del pensamiento. En este sentido, la concentración es la clave de toda técnica interior, ya sea de tipo yóguico, vedántico, sufí, etc., pero se convierte en la clave de la auténtica acción interior cuando abarca el proceso mismo del pensamiento que está en la base de toda técnica. *El Tratado* se refiere a esta clave.

El pensamiento, tal y como lo experimenta a diario el hombre racional moderno, es el continuo deterioro, ahora deductivo-inductivo, ahora instintivo-cerebral, de una fuerza superior, que es en sí misma síntesis de Luz y Vida. Aquí el pensar tiene dentro de sí el sentir, el sentir tiene dentro de sí la voluntad. En una zona supra consciente, las tres facultades del alma, pensar, sentir, querer, son una sola fuerza resplandeciente. Si, como tal, es decir, con su poder original de Luz y Vida, tal fuerza descendiera al organismo humano, lo destruiría. Para encarnarse, por lo tanto, esta fuerza se divide en tres corrientes, de las cuales solo una, el pensamiento, se vuelve consciente: pero se vuelve consciente a costa de reflejarse en el órgano cerebral.

Al renunciar a su sutil elemento vital, el pensamiento se convierte en un reflejo apagado, una sombra desprovista de alma o luz interior: es el movimiento dialéctico, tan querido por los filósofos modernos, materialistas o espiritualistas: el pensamiento de la impotencia. Las otras dos corrientes, el sentir y el querer, mantienen en sí su elemento vital, pero a condición de vincularse a la esfera somática subconsciente, es decir, al cuerpo sensible y al cuerpo vital o etérico, de modo que su *dynamis* se altera y asciende a la conciencia respectivamente en forma de flujo emocional y flujo instintivo.

Normalmente, el hombre se encuentra en estado de sueño con respecto al *sentir vivo* y en estado de sueño profundo con respecto al *querer vivo*: solo está despierto en el pensamiento desprovisto de vida. Esta privación de vida hace que el pensamiento sea independiente de su corriente sintética original, por lo que el hombre es libre en el pensamiento, pero de una libertad abstracta, desprovista de poder sobre las cosas, porque carece de espíritu. El vacío de esta libertad normalmente se llena de contenido instintivo: por esta razón, el hombre se considera libre, pero en realidad está manipulado por los instintos. Al no ser consciente de la fuerza sintética original, el pensamiento no logra distinguirse de los contenidos sensibles, al igual que no logra realizar una síntesis real de la multiplicidad del mundo, que le llega a través de las percepciones sensoriales: no logra más que realizar parciales síntesis conceptuales y solo moverse según la relación dialéctica de las cantidades medibles. El desmoronamiento del pensamiento apenas se cura con la lógica del pensamiento físico-

matemático. La real fuerza-pensamiento en realidad se divide en continuas series de representaciones, cuyo pequeño *caos* apenas se ordena con el formalismo lógico. Los instintos y los estados emocionales dominan la conciencia, gracias a esta impotencia del pensamiento, ***fuerte solo en el plano de la cuantificación abstracta o del mecanicismo absoluto: incapaz de reconocer el origen de esta su mínima fuerza.***

La concentración restaura, aunque sea por breves momentos, el dominio del Yo en el alma, ***ya que exige al pensamiento que se mueva según el poder sintético original:*** esto se consigue mediante un tema deseado por sí mismo, como medio para unificar e intensificar la corriente del pensamiento normalmente dispersa. Mediante la atención dirigida ilimitadamente a un tema, una imagen o un concepto, que debe ocupar exclusivamente la conciencia, el pensamiento recupera su unidad original, la fuerza del Yo.

El error humano general, al igual que el error de algunos que presumen encontrar la dimensión suprasensible, sin darse cuenta de que parten de una conciencia dialéctica, consiste normalmente en el hecho de que la presencia real del Yo en el hombre no es directa, sino que se refleja continuamente en el cuerpo físico y, por lo tanto, por el cuerpo sensible, o psique, que responde a lo que en el hinduismo se denomina *kamrupa*, y en el esoterismo occidental «cuerpo astral», es decir, por el cuerpo anímico vinculado a las categorías corporales. En el hombre común, en efecto, ***el impulso metafísico del Yo es continuamente sustituido por el impulso psíquico del cuerpo astral.*** A través del cuerpo astral, la corporeidad física, con sus potencias instintivas y sus demonios emocionales, llega a manipular el pensamiento. Una situación similar caracteriza específicamente al hombre moderno, cuyo pensamiento ha caído tan profundamente en la cerebralidad, que llega incluso a dudar de su propia autonomía con respecto al órgano cerebral y a construir doctrinas y teorías basadas en la persuasión de ***una prioridad de los procesos cerebrales sobre el pensamiento: que es la condición del mundo animal.*** De hecho, el animal no piensa, sino que actúa mediante un «pensamiento» a dialéctico sabio, cuya inmediatez proviene de su corporeidad física, sostenida por las fuerzas de su propia «*alma grupal*» incorpórea.

La dimensión exclusivamente racional degrada al hombre al nivel animal: su inteligencia, de hecho, se moviliza globalmente para satisfacer necesidades físicas y poner en práctica un férreo sistema de organización económico-social conforme a la visión físico-animal del mundo. Es un momento primordial de la evolución humana, en el que el hombre primitivo, como entidad espiritual, supera el *caos*, hay que decir que la actual imposición de la organización físico-animal de la sociedad es un retorno del *caos* en forma tecnológica-científica. Una vez más, el Espíritu está llamado a enfrentarse al *caos*, al advenimiento sistemático de lo demoníaco. El drama de la época actual consiste en que el yo ordinario no dispone del potencial de profundidad del que dispone lo demoníaco. El Yo necesita la fuerza de la que tiene su origen.

La concentración permite al pensamiento expresar su fuerza pura, independiente de la psique. El pensamiento se sustrae excepcionalmente al dominio del cuerpo astral, es

decir, a la fuerza de los poderes instintivos. Estos poderes son en realidad fuerzas del Yo, es decir, fuerzas de la voluntad profunda, elevadas hacia la necesidad estructural del cuerpo. El Yo las sufre como opuestas y desviadoras, mientras es un yo reflejado o dialéctico, privado de su independencia con respecto al cuerpo astral y, por lo tanto, del poder de control sobre él. ***El ejercicio de la concentración, en realidad partiendo del yo, comienza a devolver al yo el dominio original sobre el cuerpo astral.***

El pensamiento es la parte más inmediata del Yo. Al dominar el pensamiento a través del cuerpo astral, las fuerzas corporales e instintivas se imponen al yo. Al liberar el pensamiento de la sujeción al cuerpo astral, el yo recupera el control del alma y, por lo tanto, del cuerpo, controla y transforma las fuerzas corporales e instintivas. Estas son, en esencia, fuerzas sobrehumanas perdidas por el Yo, que tiene la tarea de recuperarlas ***recurriendo a su propio poder sobrehumano***. La recuperación comienza mediante la concentración correcta del pensamiento: ***es necesario permitir que el pensamiento manifieste su fuerza objetiva, independiente del cuerpo astral y, por lo tanto, capaz de transmitir al alma el poder trascendente del Yo: solo esto puede transformar los instintos***. Quien aspira a la Iniciación en el tiempo presente debe, ante todo, ***experimentar el pensamiento como fuerza pura***, independiente del objeto o del tema a través del cual se manifiesta, y como una actividad extra psíquica: de este modo, abre el paso al poder trascendente del Yo.

El sentido de la experiencia es la autonomía de la conciencia del Yo con respecto a su base corporal: ***autonomía que le permite la primera forma de conocimiento no dialéctico, sino directo, de lo suprasensible y, por lo tanto, de la fenomenología real de la conciencia*** en relación con la «localización» corporal funcional de los movimientos típicos del alma.

De este modo, se comienza a observar cómo la actividad pensante se desarrolla a través del órgano cerebral: la conciencia razona y se manifiesta en la cabeza, estimulada básicamente por la percepción sensorial. La vida de los sentimientos, en cambio, tiene su sede en el tórax: su soporte es la fuerza que se expresa en los ritmos de la respiración y la circulación sanguínea. El poder de la voluntad tiene como vehículo los dinamismos metabólicos del sistema de intercambio y del movimiento de las extremidades. Del mismo modo que los tres sistemas, neurosensorial, rítmico y metabólico, se interpenetran en el organismo físico, teniendo cada uno una función predominante en su propia sede, así las tres funciones, pensar, sentir y querer, operan en continua combinación o colusión, según una mutabilidad que supera la funcionalidad de los procesos corporales correspondientes.

El ser humano es, en realidad, un ser tripartito. La antigua psicología racional había intuido esta trinidad de la vida del alma, pero no su correspondencia con las tres sedes corporales, que es un aporte de la *Ciencia del Espíritu* de Rudolf Steiner. Las tres sedes, diferenciadas también en sus estructuras físicas, mientras que responden a los tres tipos de actividad de la conciencia mencionados, simultáneamente se relacionan dinámicamente con los cuatro sistemas de la organización corporal: óseo, glandular,

nervioso y sanguíneo. Hablamos de «relación dinámica», ya que la tripartición en las sedes de la cabeza, el tórax, el intercambio (metabólico) y las extremidades, que responde a la trinidad pensar, sentir, querer, se lleva a cabo mediante el mismo principio de síntesis psicosomática que gobierna los cuatro sistemas corporales simultáneamente presentes y cooperantes en cada una de las tres sedes.

Un orden septenario gobierna metafísicamente los «cuatro» y los «tres». Se trata de una sintonía básica, no mecánica, ya que cada uno de estos sistemas, considerado en sí mismo, puede reconocerse como operativo según un tipo de fuerza suprasensible que le corresponde dinámicamente: al elemento mineral-óseo responden las fuerzas radicales de la estructura física, que se manifiestan en la percepción sensorial: el sistema glandular puede reconocerse como vehículo de las fuerzas vitales, o etéricas, formadoras del organismo; el sistema nervioso como soporte de las actividades sensoriales-psíquicas (astrales); el sistema sanguíneo es portador del principio Yo, que se expresa como autoconciencia en el sistema de la cabeza, mediante una relación particular con el órgano cerebral.

El hombre moderno, con su obsesión realista, ***está afectando con fuerzas caóticas al orden septenario***: por eso la neurosis y la enfermedad mental se están convirtiendo en el mal general de la humanidad. De hecho, los cuatro principios internos, el yo, el astral, el etérico y el físico, están presentes en movimiento simultáneo e interdependiente en cada manifestación de las tres actividades del alma, pensar, sentir y querer, mientras que orgánicamente son las fuerzas originales que compenetran sus respectivas sedes: superior, media e inferior, que corresponden precisamente a los tres sistemas de la cabeza, el tórax, el intercambio y las extremidades. ***El equilibrio de la vida del alma puede considerarse como la realización del orden jerárquico mediante el cual el principio del yo actúa sobre lo astral, lo etérico y lo físico, a través de la relación armónica entre pensar, sentir y querer.*** El principio Yo lleva en sí mismo el centro original de las fuerzas. Cuando se contradice este principio, el caos comienza a reinar en la estructura humana.

Pero el caos también tiene una razón profunda de ser: suscitar las fuerzas trascendentes del Yo, para que se encarnen en lo humano. El simple «humano» no tiene el poder de dominar y transformar los instintos: como mucho, puede llegar a un «pacto» con las entidades que manejan al hombre a través de los instintos: pero eso no es acción espiritual. Es necesario ***otorgar un poder ilimitado al ser trascendente del Yo***, que, en sí mismo es idéntico al Logos, y tiene ese poder como secreto del alma, como secreto del corazón.

Según la investigación de la *Ciencia Espiritual*, la vida del alma está ligada no solo al sistema nervioso, sino también a otros sistemas, con relaciones diferenciadas, que la conciencia ordinaria no registra, pero cuyas manifestaciones percibe continuamente: cuyas causas no pueden remontarse intuitivamente al proceso, ya que un proceso intuitivo no puede superar el límite de la naturaleza vital-animal, sino mediante la realización en sí mismo del principio independiente de la manifestación. Al sistema nervioso solo se le puede atribuir la actividad pensante y neurosensorial: por lo tanto,

el pensamiento es la única actividad de la conciencia capaz de remontarse a su propio proceso precerebral. El sentir y el querer no se refieren a órganos, sino a soportes en movimiento, como el ritmo sanguíneo-respiratorio y la actividad del metabolismo, que no ofrecen al Yo, como el sistema nervioso, una base para la conciencia de vigilia. De hecho, el sentir y el querer, aunque son actividades cuyas manifestaciones son perceptibles se desarrollan en planos que, para la conciencia de vigilia, responden respectivamente al estado de sueño y al de sueño profundo.

Lo que normalmente se manifiesta como *conciencia de vigilia* surge en el lugar donde se produce el pensamiento: ***es esencialmente conciencia pensante***, incluso cuando se mueve por contenidos emocionales o instintivos. Esta conciencia no tiene una percepción directa de los movimientos del sentir y del querer, como la tiene del pensamiento. El sentir y el querer, al desarrollarse a través de otros soportes, pueden percibirse a través del sistema nervioso, que no es su vehículo, sino el vehículo a través del cual llegan a la conciencia.

Del hecho que los movimientos instintivos-volitivos y emocionales-sensitivos se reflejan en el sistema nervioso hasta la zona cerebral, los psico-fisiólogos modernos deducen automáticamente que la vida de los sentimientos, los instintos y los impulsos volitivos se desarrolla a través de dicho sistema. En realidad, las manifestaciones del sentir y del querer, aunque llegan a percibirse a través de la actividad de los nervios, no se realizan a través de ellos. La investigación interior atestigua que una vida evolucionada de la conciencia puede permitir al hombre percibir sentimientos, estados de ánimo o impulsos antes de que entren en la red nerviosa, es decir, gracias a un encuentro interior previo con ellos, para acoger su contenido objetivo, haciendo valer oportunamente una discriminación, un consenso o un rechazo. ***Para ello, sin embargo, es necesaria la ascética específica del pensar y del percibir, para lo cual se prepara precisamente la concentración.***

En realidad, los procesos del sentir y del querer se desarrollan mediante soportes corporales con los que la conciencia ordinaria no tiene conexión directa. Pero ni siquiera cuando tiene esa conexión con su propio soporte nervioso legítimo, la conciencia es capaz de percibirla si no se educa a sí misma mediante una disciplina adecuada. La conexión existe en un plano que escapa a la conciencia racional ordinaria, incapaz de experimentarse a sí misma independientemente del soporte.

La conciencia puede, ***gracias a un acto interior directo***, alcanzar el origen de la actividad pensante y ***tener la certeza de ser el centro del surgir del pensar***. Este procedimiento, que se verifica a sí mismo por su independencia del sistema nervioso, si bien momentáneamente, así como en el actuar un distanciamiento y un control objetivo respecto a los contenidos emocionales e instintivos, los cuales se dan normalmente como sensaciones en sí mismas terminadas, habiendo ya involucrado al Yo, habiendo ya un desarrollo físico-psíquico antes de ser percibidas, y donde se presentan con un carácter de necesidad y obligatoriedad que constituye el verdadero problema de la experiencia interior.

Por lo observado, se intuye la prioridad de la disciplina del pensamiento con el fin de liberar las facultades anímicas y elevar la conciencia a la percepción de lo primordial que une lo humano con lo cósmico. Lo suprasensible no puede ser captado por el pensamiento dialéctico: en su corriente metafísica solo puede comenzar a moverse el pensamiento liberado. Pero el pensamiento no se libera mediante métodos propios de un tipo antiguo de ascetismo, al que le era ajeno el impedimento del pensamiento racional-dialéctico y que, por lo tanto, no necesitaba la conversión del proceso dialéctico. Tal conversión es indispensable para el buscador moderno, que inicialmente no dispone de otra posibilidad de contacto con la Ciencia de lo Sagrado que la del intelecto racional, y por lo tanto dialéctico, incluso cuando detrás de tal intelecto urge un alma metafísicamente cualificada, es decir, ya en consonancia con el impulso superior del Yo.

Sobre todo, en el caso de una cualificación interior efectiva, es necesaria la disciplina que evite el deterioro de las fuerzas superiores por culpa del pensamiento reflexivo. En realidad, en el plano de la conciencia ordinaria que extrae el sentido de sí misma de los soportes corporales, las fuerzas suprasensibles, con respecto a las cuales dicha conciencia está sumida en un estado de sueño y ensoñación, sufren un revés, es decir, el estado reflexivo, que solo la interioridad de la vigilia puede afrontar y recorrer gradualmente, en la medida en que, a pesar del límite propio de la condición dialéctica, se mueva según la dirección superior del Yo.

Las verdaderas disciplinas interiores son aquellas que permiten al pensamiento operar, en el nivel racional dialéctico, según la dirección metafísica del Yo. Nos referimos al Camino del Pensamiento de los nuevos tiempos y al tipo de ***concentración*** del que se trata en las páginas del Tratado.

Este camino tiene el poder de conducir al experimentador allí donde cesa el engaño de la dialéctica del espíritu, convirtiéndose él, según los maestros invisibles, en digno de conocer el sentido último de la enseñanza y de las disciplinas, ***la trascendencia presente en cada pensamiento que piensa***: trascendencia que no puede someterse a la lógica de lo pensado, ni del pensante, es decir, al intelectualismo espiritualista, ***ya que es el Logos, cuya luz es la única que puede devolver al alma su naturaleza divina original.***

